

Maqueta: RAG
Título original: *The past is a foreign Country*

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270, del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© David Lowenthal
© Cambridge University Press, 1985, 1993
© Ediciones Akal, S. A., 1998
Para todos los países de habla hispana
C/. Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Teléf.: (91) 806 19 96
Fax: (91) 804 40 28
Madrid - España
ISBN: 84-460-0816-5
Depósito legal: M.3616-1998
Impreso en Grefol, S.A.
Móstoles (Madrid)

DAVID LOWENTHAL

EL PASADO ES UN PAÍS EXTRAÑO

Traducción de la séptima edición inglesa:
Pedro Piedras Monroy



REVIVIR EL PASADO:
SUEÑOS Y PESADILLAS

Oh, haced volver al ayer... decidle al tiempo que vuelva.
Shakespeare, *Ricardo II*, acto III, escena 2ª

El milagro de la vida se circunscribe cruelmente en los límites del nacimiento y de la muerte; de la inmensidad del tiempo anterior y posterior a nuestras vidas no experimentamos nada. El pasado y el futuro son igual de inaccesibles. Sin embargo, aunque estén fuera del alcance físico, forman parte de nuestras imaginaciones. El recuerdo y la expectación cubren cada momento presente.

El pasado y el futuro provocan atracción —y repulsión— de formas bastante distintas. La mayoría de las imágenes de los tiempos que se extienden ante nosotros son confusas e inciertas. Ni siquiera podemos saber las consecuencias de nuestros propios actos, no digamos ya predecir un futuro más lejano. En tiempos más confiados, hace una generación, había planificadores visionarios que veían el futuro casi como «otro país, que uno podría visitar como si fuera Italia, o incluso intentar recrear en una réplica» —señala Reyner Banham—. «El Futurismo fue algo que se parecía de manera sospechosa al estilo de un período, un Neogótico de la Era de las Máquinas¹⁶». Hoy, en cambio, ese futuro no es más que un recuerdo nostálgico; Lo que se nos aparece como espléndido, horrendo o simplemente ordinario es un panorama que cambia con cada espectador y con cada momento. No sabemos lo que vendrá. Los deseos se incumplen de forma notoria, al igual que el anhelo de fama póstuma que llevó al Enoch Soames de Beerbohm, poeta menospreciado en su propio tiempo, a pactar con el diablo para saber lo que pensaría de él la posteridad. Volviendo a un siglo posterior, Soames no encuentra más que un artículo en el que aparece su nombre en una historia de la literatura: «un personaje imaginario en

¹⁶ «Come in 2001», *New Society*, 8 de enero de 1976, p. 63

una historia de Max Beerbohm¹⁷». Nosotros podemos tener que ver en las contingencias del futuro pero nunca podremos controlarlas. Los Yahoos de Borges, cuyo tiempo está invertido pues tienen previsión pero carecen de retrospectiva, subrayan la distinción crítica entre la memoria y la adivinación¹⁸.

A diferencia de los vagos contornos de los tiempos que vendrán, el pasado fijo ha sido esbozado por incontables cronistas. Sus vestigios en el paisaje y la memoria reflejan innumerables detalles de lo que nosotros y nuestros predecesores hemos hecho y sentido. El pasado que se elabora con exquisitez parece más familiar que el que está alejado en el espacio, en algunos casos incluso más que nuestro presente cercano; el aquí y ahora carece de la densidad y de la perfección de aquello que el tiempo ha filtrado y ordenado¹⁹.

Por otra parte, tenemos bastante claro que el pasado ocurrió de verdad; sus huellas y recuerdos reflejan escenarios y actos innegables. El futuro, etéreo e insustancial, no podrá llegar nunca. El pasado, en cambio, es tangible y seguro; la gente piensa en él como algo fijo, inalterable y registrado de forma indeleble²⁰. «¡Cuánto más bonito es ir hacia atrás!» —exclama un imaginario visitante moderno del mundo de 1820—; «¡El pasado estaba asegurado²¹!» Y es que el pasado, por lo general, no sorprende; se ha tomado su medida. En él estamos como en casa porque es nuestra casa; el pasado es el sitio del que procedemos. Y son pocos los que no han deseado en algún momento volver a un tiempo anterior. El pasado al que se vuelve puede que no siempre satisfaga, pero rara vez nos amenaza con una sorpresa tan desagradable como aquella a la que tuvo que enfrentarse el pobre Enoch Soames.

Pese a todo, ya no podemos ni deslizarnos hacia atrás rumbo al pasado ni saltar hacia adelante rumbo al futuro. El ayer, a salvo en imaginativas reconstrucciones, queda para siempre al margen de nosotros; tan sólo hemos atenuado los recuerdos y las crónicas fragmentarias de la experiencia anterior y lo único que podemos hacer es soñar con escapar de los confines del presente. Sin embargo, en los últimos años, tales sueños nostálgicos se han convertido casi en habituales, si acaso no epidémicos.

¹⁷ *Seven men and Two Others*, p. 36. El texto original imita un hipotético lenguaje de un siglo posterior: «an imaginari kkarakter in a story by Max Beerbohm» (N. del T.)

¹⁸ «El Informe de Brodie» en Borges, *Prosa*, Barcelona, 1986, pp. 282-287.

¹⁹ Casey, «Imagining and Remembering».

²⁰ «El pasado... es aún una fuerza irrefutable y omnipresente: el «futuro», sin embargo, en realidad no es nada sino una fantasía un poco normativa» (Wyatt, «In quest of change», p. 389).

²¹ Adliss, *Frankenstein Unbound*, p. 26. (En la versión española, *Frankenstein Desencadenado*, Barcelona, 1973.

*Cuando yo era un chaval, todo esto eran campos abiertos.
Joven londinense en el túnel del metro de Charing Cross, 1982²²*

La nostalgia es hoy la palabra universal a la hora de considerar el pasado. Llena la prensa popular, sirve como cebo publicitario, merece un estudio sociológico; ningún término expresa mejor el malestar moderno. El Nostalgia Book Club (Club del Libro Nostálgico) estadounidense «te sitúa años atrás siguiendo tu elección». Una Gran Bretaña adicta a la evocación de Mark Girouard del culto victoriano a la caballería, a la arquitectura neogótica de William Burgues, y a la película *Excalibur* —conjeturaba un crítico— «pronto pondría al frente de la nación a un director de museo en vez de a un Primer Ministro²³».

Si el pasado es un país extraño, la nostalgia lo ha hecho «el país extraño con el mercado turístico más saneado de cuantos existen». Ahora bien, al igual que otros turistas, aquéllos que van al pasado ponen en peligro el objeto de su búsqueda. «Una crisis eco-nostálgica (está) de camino» —advertía Sheridan Morley. «Los recursos tendrán que ser conservados, los revivals... estrictamente racionados²⁴». El aprovechamiento de la nostalgia incita a los agentes inmobiliarios a tratar de fomentar el interés mediante la excavación de cada fragmento de historia», da igual que la conexión sea con un rey o con una estrella del pop. Ningún eco de ningún pasado resulta tan extraño como para que no interese, ni siquiera el monumento al fraudulento Hombre de Piltdown encontrado en Barkham Manor (Sussex)²⁵. Desde que «la gente ama la nostalgia y cree firmemente que» lo que es viejo «es necesariamente bueno», los promotores de viviendas se aprovechan de la proximidad de viviendas históricas; los edificios viejos añaden credibilidad y status al edificio nuevo²⁶. El ferrocarril británico, si bien en otro tiempo no se encontraba satisfecho con su legado del siglo XIX, encuentra ahora una fuente de honor y beneficio en las máquinas a vapor y las imágenes en sepia de los tiempos antiguos.

Hay otros que se lamentan de igual modo por las cosas pasadas, sobre todo por las cosas inglesas: las vigas viejas de roble de East Anglia (o las copias de ellas en fibra de vidrio) dan consuelo a la nostalgia en Helsinki y Osaka; *The Country Diary of an Edwardian Lady* y la serie de televisión

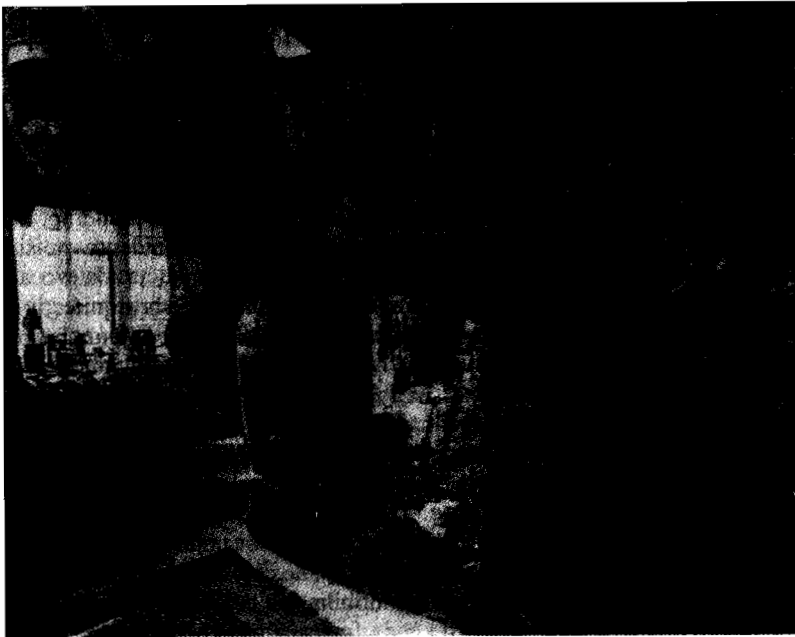
²² Citado en el libro de Michael Dineen, «The English village re-born», *Observer*, 19 de septiembre de 1982, p. 3.

²³ J. Mordaunt Crook, «Honour and its enemies», *TLS*, 25 de septiembre de 1981, p. 1102.

²⁴ «There's no business like old business», *Punch*, 29 nov. 1972, p. 777.

²⁵ El hombre de Piltdown fue una supuesta especie de hombre prehistórico cuya existencia se suprimió a partir de fragmentos de huesos encontrados en Piltdown (Sussex, Inglaterra) en 1911. En 1953 se descubrió que eran un fraude. (N. del T.)

²⁶ Caroline McGhie, «Noel Coward played the piano here», *Sunday Times*, 17 de julio de 1983, p. 39; Robert Troop, «Making the most of moat and beam», *Sunday Times*, 27 de marzo de 1983, p. 27.



1. Basuras convertidas en «antigüedades». Coventry, Vermont.



2. Nostalgia de la época Tudor: casa solariega de Charles Wade en Snowhill, Gloucestershire (National Trust)

Brideshead Revisited (*Retorno a Brideshead*) tienen éxito en los mercados mundiales. El recuerdo de los tiempos pasados es un negocio floreciente en casi todos los países y cualquier época le vendrá bien. La nostalgia rusa se plasma con toda su intensidad en torno a las imágenes de troikas, pieles y samovares familiares de antes de la revolución; de todas formas, hasta los días más negros del estalinismo engendran en la actualidad recuerdos añorantes de un idealismo inventado y un sacrificio heroico²⁷.

La nostalgia, antiguamente limitada en el espacio y en el tiempo, se traga hoy el pasado entero. Los tratantes de antigüedades se han librado de la antigua barrera de los 100 años de edad, los coleccionistas tratan con reverencia el «art déco» de los años treinta, los críticos admiran los tocadiscos «genuinos de los años cincuenta». «Memory men» revive a Mary Quant, resucita a Bill Haley, le conserva a Chuck Berry eternamente juvenil y a Elvis Presley inexorablemente vivo. Cada vez fijamos más nuestra atención en «un pasado tan reciente que alguien de tan sólo 11 años podría verlo quizá como *el pasado*²⁸» —señala Russell Baker—; «las manifestaciones estudiantiles contra la guerra de fines de los años sesenta... se tratan ya con un sentimentalismo... semejante al de algunos fenómenos turbulentos pero gloriosos de un «hace mucho tiempo» que ya está muerto; se dice que la ciudad de Calgary ha llevado a cabo un descubrimiento arquitectónico de sus venerables edificios de los años sesenta²⁹. El envejecimiento confiere el estatus de antigüedad de forma instantánea; tan pronto como deja de verse, el coche de bomberos se convierte en el emblema de un pasado que ha desaparecido. En torno a 1980 —decía Bevis Hillier— «la historia estaba siendo reciclada como nostalgia casi al mismo tiempo que ocurría». Lo cierto es que Hillier retrató el lanzamiento de su libro anterior sobre el tema como algo que en sí mismo era ya un recuerdo nostálgico³⁰.

De igual modo, la nostalgia se ha dilatado en cuanto a su espacio y temática. Un «índice de nostalgia» danés incluye reliquias de todas las clases que puedan concebirse³¹. *Henry VIII, Elizabeth I, Dad's Army, The Onedin Line, Upstairs and Downstairs, The Forsyte Saga, The Pallisers, The World at War*³² celebran un amplio panorama de pasados ingleses. «Las facetas

²⁷ Caroline Moorehead, «The nostalgia that didn't get away», *The Times*, 15 de marzo de 1980; Binyon, *Life in Russia*, pp. 140-2; Shieler, *Russia*, pp. 265, 300; Hedrick Smith, *Russians*, pp. 249-57; Philippa Lewis, «Peasant nostalgia in contemporary Russian literature».

²⁸ La cursiva es mía (N. del T.)

²⁹ Baker, «Shock of things past», *International Herald Tribune* (en adelante *IHT*), 2 de mayo de 1975, p. 14; Banham, «Last boom-town». Los devotos de Elvis Presley llenan de bote las clases de historia contemporánea de la Universidad de Stanford cuando en el temario se llega a los años sesenta («The great nostalgia kick», *U. S. News and World Report*, 22 de marzo de 1983, p. 60).

³⁰ *Style of the Century*, p. 316, también pp. 206-15; *Austerity Binge*, pp. 187-9, 195.

³¹ Newcomb, «Nostalgia index of historical landscapes in Denmark», pp. 441-3; *idem*, *Planning the past*, pp. 64, 214-15.

³² Esta serie de títulos se refieren a series televisivas, algunas de las cuáles pudieron verse en su momento en España a través de la pequeña pantalla, por ejemplo *Arriba y Abajo, La saga de los Forsyte o el Mundo en Guerra*. (N. del T.)

más entusiastas de nuestro patrimonio» —de las empulgueras medievales al incendio de Londres— están puestas al servicio de la nostalgia en la «Merrie England» y la Mazmorra de Londres. *Good Old Days*, la «Revista Americana de Recuerdos Felices», recuerda con cariño las viejas historias sobre porches, los cubos de madera de cedro para el agua, los maderos para atar los caballos, las leñeras, los barcos-teatro, el almirante Dewey, «Casey at the Bat», Bonnie y Clyde; sus lectores coleccionan los libros de Zane Grey, los catálogos de los almacenes Sears Roebuck, los libros de lectura de McGuffey³³ y las viejas páginas musicales.

Hasta los pasados más triviales tienen sus devotos. «¡Acordaos de Button B! Acordaos de los quioscos de verdad» —suspira Paul Jennings—. «Acordaos de los trolebuses... acordaos de los coches con manivelas de arranque³⁴». El museo de la Smithsonian Institution guarda los dientes postizos de Washington, los adornos del coche fúnebre de Lincoln, el tabaco de mascar que llevó Peary al Polo Norte, la barba roja, blanca y azul que lució Gary Sandburg en el Bicentenario de la Independencia americana, las dentaduras negras exportadas para satisfacer la moda por la Polinesia que se dio en el siglo XIX. Una colección suiza de recuerdos de Sherlock Holmes incluye una botella de «auténtica niebla londinense, certificada por un transeúnte ya desaparecido³⁵».

Las asociaciones íntimas ayudan a vender el pasado. Un anuncio impreso en los tonos sepia de las fotografías de Frith de fines del siglo XIX ofrece a los clientes «Tu pueblo, tu ciudad, tus raíces... tu propio y personal pedazo de nostalgia.» El «Imperial Tankard» conmemora para los británicos «el Imperio que tal vez nunca conocieron, pero también el Imperio que no se les debería permitir olvidar.» La nostalgia despierta el apego hacia tiempos que nos son incomprensibles en la misma medida que hacia cosas que hemos experimentado; pocos de los que acuden en tropel a las películas de Bogart, de los que escuchan la música de Glenn Miller o dan fiestas en plan años sesenta son lo bastante mayores como para recordarlas.

¿Qué significados emergen de este enjambre de invocaciones nostálgicas? Muchos parecen menos preocupados por encontrar un pasado que por anhelarlo, menos impacientes por revivir un «hace mucho tiempo» imaginario que por coleccionar sus reliquias y celebrar sus virtudes. A pesar de ello, «viajar hacia atrás cuarenta años a una época en la que era verano todo el año y los niños asaltaban los vagones que transportaban hielo,... para dar un paseo dominguero como solíamos hacerlo, con tu sombrilla de seda y tu largo vestido moviéndose dulcemente, y sentarse en aquellos taburetes de patas de alambre en el salón donde servían soda» es algo más que un sueño obsesivo de viejo³⁶. «Casi todos los viejos suelen

³³ William Holmes McGuffey (1800-1873) fue un educador estadounidense célebre por ser el editor de una serie de libros de lectura escolares. (N. del T.)

³⁴ *Sunday Telegraph*, 4 de febrero de 1979, p. 16

³⁵ Tom Zito, «Rummaging through America's attic», *IHT*, 11 de abril de 1980; Mavis Guinard, «The case of the immortal detective», *IHT*, 17 de septiembre de 1982, p. 9.

³⁶ Ray Bradbury, «Scent of sarsaparilla», pp. 193, 195.

recordar un tiempo en el que la cerveza era más barata... y la gente tenía más respeto. Casi todos nosotros recordamos con especial cariño algunos retazos extraños de nuestras vidas, retazos que a veces no fueron demasiado agradables en sí mismos³⁷». De hecho, no importa si aquellos días fueron desgraciados: «la vida era maravillosa allá por 1900»; un periodista aseguraba recientemente que el folk irlandés más antiguo surgió en medio de la miseria rural; la campaña de apoyo a la cerveza «Las cosas son como solían ser³⁸» provoca asquerosas asociaciones en torno a la simpatía de los años treinta³⁹. Hasta los recuerdos horribles pueden provocar nostalgia. Un londinense, una generación más tarde, recordaba los bombardeos de la guerra como algo lleno «de felicidad pura, inmaculada»; uno sospecha «que es mucha la gente que experimenta esta nostalgia y que querría con toda ternura recrear las horribles circunstancias de su propia niñez⁴⁰».

Un pasado que se disfruta de forma nostálgica no tiene por qué tomarse en serio. Los visitantes que montan en el autobús «Máquina del Tiempo» de la London Transport 1925 se imaginan bailando el Charleston o comprando una casa por menos de mil libras en Pinner, y reflexionan «sobre los tiempos en los que cada día parecía como de pleno verano»; la atracción de un autobús de 1940, cuando Gran Bretaña resistía en solitario frente a Hitler, consiste en que «uno puede soñar tanto como quiera al margen de las ásperas realidades de ese mundo casi olvidado⁴¹». Un viaje por la «India Clásica» al estilo de los Maharajas a lo largo y ancho del Rajasthán, con la historia de cada salón de los que se visitan realizada por un sirviente vestido a la usanza de ese período, se convierte en un «proyecto increíblemente nostálgico que devuelve a la vida los esplendores clásicos». Uno no necesita ir al extranjero para probar lo exótico; aquéllos que hacen el viaje en tren entre Venecia y Simplon a través del tranquilo condado de Kent reciben «un Certificado del Orient Express para recordar su nostálgico viaje al opulento pasado». Las excursiones nostálgicas son a menudo breves, restringidas, sin trascendencia. El «Western» americano refleja «un deseo de salirse de la modernidad sin abandonarla del todo; queremos revivir aquellos apasionantes días de antaño, pero sólo porque estamos absolutamente seguros de que aquellos días están fuera de nuestro alcance⁴²».

La mayor parte de nosotros sabe que el pasado no fue así en realidad. La vida de entonces parece más brillante no porque las cosas fueran mejor sino porque nosotros vivíamos más intensamente cuando éramos jóvenes;

³⁷ Michael Wood, «Nostalgia or never», p. 343.

³⁸ «Fings are wot they used t'be», campaña en favor de la cerveza cuyo slogan imita el habla de un borracho. (N. del T.)

³⁹ Mark Kenny, «When the going was bad», *Sunday Telegraph*, 19 de agosto de 1979; Richard Milner, «Courage cockney taste for nostalgia», *Sunday Times*, 25 de abril de 1982, p. 49.

⁴⁰ Tom Harrison, *Living through the Blitz*, p. 325; Maurice Lescoq, «Leavetaking» (1961), en Moorcock, *English Assassin*, p. 1.

⁴¹ Panfleto del Vintage Bus Service (Servicio de Autobuses Antiguos), «Take a ride in a time machine», c. 1980.

⁴² Roger Rosenblatt, «Look back in sentiment», *N. Y. Times*, 28 de julio de 1973, p. 23.

hasta el mundo adulto de antaño refleja la perspectiva de la niñez. Sintiéndonos incapaces de tener experiencias de la misma intensidad, nos lamentamos por esa inmediatez que hemos perdido y que hace que el pasado sea incomparable. Esta nostalgia puede incluso apuntalar la autoestima, recordándonos que por muy triste que sea nuestra suerte actual al menos una vez fuimos felices y dignos de consideración. Una infancia que se recuerda así excluye las peleas familiares, las excursiones campestres dominadas por la espera en colas para conseguir un merendero mugriento; la «nostalgia es el recuerdo del que se han llevado el dolor». El dolor es el hoy. Vertemos lágrimas por el paisaje que ya no nos parece como antes, como pensábamos que era, o como deseábamos que hubiera sido.

La nostalgia es a menudo más de pensamientos pasados que de cosas pasadas, es «un soñar despierto al revés —como pensar que adorábamos los libros de nuestra juventud— cuando lo que de verdad amamos es la idea de nosotros mismos jóvenes, leyéndolos⁴³». La gente acude en masa a los lugares históricos para compartir la memoria familiar y comunitaria, e incrementar de este modo los recuerdos personales. Lo que le agrada al nostálgico no es ya la reliquia sino su propio reconocimiento de la misma, no tanto el pasado en sí mismo como las aspiraciones que se supone que tiene, menos el recuerdo de lo que ocurrió en realidad que lo que en otro tiempo se pensó que era posible. Alabando los años 1930, cuando la fe en las reformas, la creencia en la participación política y el sentido del humor sobrevivieron a las adversidades económicas, un sociólogo expresa nostalgia por la depresión como período en el que aún era posible sentir que la vida tenía un objeto⁴⁴.

Las evocaciones nostálgicas son muy anteriores a nuestro tiempo. Virgilio immortalizó el pasado heroico y pastoril; Petrarca buscó en la antigüedad un refugio frente a su época desgraciada y sin valor⁴⁵; un sentimiento agridulce por un pasado arcádico se extendió por la poesía de los siglos XVI y XVII y por los lienzos de Claude y de Poussin. El final del siglo XVIII expresó nostalgia no sólo por la antigüedad sino también por los pasados recientes y por las etapas anteriores de la vida: se lloraba la niñez perdida junto con las escenas perdidas de la niñez. La evocaciones de Grasmere por parte de Wordsworth suscitaron en muchísima gente nostálgicas reflexiones sobre la niñez como tiempo de paz y de plenitud ya inalcanzable, como el poema de Housman:

...tierra de dicha perdida,
veo tu brillante sencillez
Los felices caminos por los que iba
y ya no podré volver.⁴⁶

⁴³ Cross, *Poetic Justice*, p. 140.

⁴⁴ Robert Nisbet, «The 1930s: America's major nostalgia» (1972), tomado de Fred Davis, *Yearning for Yesterday*, p. 10.

⁴⁵ A. Tito Livio, 22 de febrero de 1349 (?) en *Petrarch's Letters to Classical Authors*, pp. 101-2; Peter Burke, *Renaissance Sense of the Past*, p. 22.

⁴⁶ *Shropshire Lad* (1986), XL; Clausen, «Tintern Abbey to Little Gidding», p. 417.

Froude suspiraba «tan sólo por una semana de mi vieja fe infantil, para volver a la calma y la paz otra vez, y de este modo morir esperanzado⁴⁷».

Los grandes cambios experimentados por los tiempos habían hecho que la nostalgia estuviera omnipresente. La sacudida revolucionaria separó el pasado del presente; después de la guillotina y Napoleón, el mundo anterior parecía alejado de forma irrecuperable; de ahí que muchos redoblaran su cariño por él. La industrialización y la emigración forzosa empujaron a millones de personas a lugares radicalmente distintos de los de su niñez. Los románticos hallaron un refugio frente al cambio devastador en las imágenes, recordadas o inventadas, de los tiempos pasados. Los victorianos, por lo demás progresistas, hicieron del pasado un objeto de adoración nostálgica⁴⁸ —desde los llamados Antiguos «unidos en el fervor por lo arcaico» en el Shoreham «arcádico» de Samuel Palmer, a los caballeros «medievales» que hacían torneos en Eglinton o a las víctimas de la era del ferrocarril que se lamentaban de los viejos días de la diligencia— y la gente en otros países hizo lo mismo. Los habitantes de las ciudades expresaban su pesar por pasados rurales idealizados. Los recuerdos de «Un Viejo Habitante» y las «Impresiones del Pasado» llenaban los periódicos, se preferían las viejas tabernas desaparecidas a los bares nuevos; Gillian Tindall señala que en el Kentish Town de Londres hasta «los grupos de chabolas de madera, las antiguas «viviendas de los obreros pobres», eran vistas con sentimentalismo una vez que habían sido eliminadas⁴⁹».

Con el paso al siglo XX toda Gran Bretaña parecía empeñada en la búsqueda nostálgica. «Déjanos vivir otra vez en el pasado» —instaba P.H. Ditchfield— y «rodéanos con los tesoros de las épocas pasadas⁵⁰». El poeta laureado buscaba una «Vieja Inglaterra», y «la fineza del Pasado... con sus días de colada, mermeladas caseras, bolsitas de lavanda y recitado del *Elegy* de Gray⁵¹». Kipling salvaguardó «el medievalismo de Sussex» prohibiendo el teléfono y manteniendo las vallas de tipo sajón en su casa de Burwash, y hasta D. H. Lawrence sintió el tirón de la nostalgia: «mirando al pasado consumado» en Garsington Manor en 1915, estuvo tentado de «volver a su pacífica belleza de cosas pasadas, para vivir en el puro recuerdo⁵²». El romance caballeresco posibilitó, incluso a los estadounidenses, «dejar el presente, cargado de enigmas molestos y actividades inútiles y regresar... a otros días, en los que los hombres... avanzaban sin vacilar hacia la consecución de sus deseos más definidos y claros⁵³».

⁴⁷ *Nemesis of Faith* (1849), p. 28.

⁴⁸ William Feaver, «The intensity of Samuel Palmer's visions», *observer*, 24 de diciembre de 1978, p. 18; Girourd, *Return to Camelot*.

⁴⁹ *The Fields Beneath*, pp. 174-5.

⁵⁰ *Story of Our English Towns*, p. 34; pero Ditchfield añade, «ningún hombre sabio deseará traer a la memoria ese pasado».

⁵¹ Alfred Austin, *Haunts of Ancient Peace*, pp. 18-19; él se enorgullece de no pronunciar «nada que no fueran las ideas más viejas y pasadas de moda».

⁵² Hopkins, *Rudyard Kipling's World*, p. 11; Lawrence a Cynthia Asquith, 3 de diciembre de 1915, en sus *Letters*, p. 283. Ver Wiener, *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit*, pp. 45, 57, 62, 76.

⁵³ Repllier, «Old wine and new» (1896), p. 696

«Una serena estructura mental» le permite a Henry Adams viajar hacia el siglo XII y hasta «ver a los niños jugando en la orilla⁵⁴».

Los arquitectos de ambos lados del Atlántico hicieron tangible este mito nostálgico reviviendo una antigua forma característica inglesa. Una imitación del Tudor se convirtió en el estilo doméstico predominante de los años 1920 y 1930, «original» y «a la antigua» se convirtieron en términos de alabanza; «Estar al día significaba en ese tiempo parecer lo más viejo posible». El Primer Ministro Stanley Baldwin se unió al laureado poeta John Masefield en su llanto por el pasado. «Nuestro Bill», el programa de más popularidad de la BBC en los años treinta, ensalzaba las tradiciones antiguas, las viejas iglesias, las tabernas junto a la carretera de las áreas rurales inglesas donde uno podía «salirse de la ruta para entrar en un pequeño pozo de historia, para verse durante un rato cubierto por la paz curativa de un pasado rico y aún vivo⁵⁵». Reviviendo activamente su nostalgia de la época Tudor, Charles Wade trabajó en Snowhill con herramientas del período correspondiente, comió en una cocina del mundo antiguo y durmió en una cama-armario⁵⁶. ¿Por qué no alegrarse de un pasado que daba tanto consuelo? «En Inglaterra podemos escoger un siglo cualquiera de entre doce diferentes para vivir en él» —decía Kenneth Grahame—; «¿Y... a quién se le ocurriría elegir el XX⁵⁷?»

He descrito la nostalgia en el siglo XIX y en los comienzos del XX, ante todo en un contexto anglo-norteamericano. Sin embargo, el fenómeno se daba también en el resto de Europa: un anhelo semejante de los pasados perdidos se puede rastrear en Alemania, de Goethe a los Hermanos Grimm; en Francia de Victor Hugo a Viollet-le-Duc; y en la mayor parte del resto de Europa.

El concepto original de aflicción nostálgica, sin embargo, era bastante diferente. La nostalgia del siglo XVII era más una queja física que una mental, una enfermedad con síntomas explícitos y a menudo letales. La nostalgia, diagnosticada médicamente por primera vez por Johannes Hofer y acuñada por él (del griego *nosos* = regreso a la tierra natal, y *algos* = sufrir o penar) en 1688, era ya para esas fechas algo común; había personas que cuando estaban lejos de su tierra natal, languidecían, se consumían e incluso perecían. Hofer veía la enfermedad como «una continua vibración de vitalidad a través de aquellas fibras de la mitad del cerebro en las cuales las huellas impresas de las ideas de la Patria aún persisten⁵⁸». Posteriormente, el neurólogo Philippe Pinel se dedicó a seguir las huellas que dejaba la nostalgia a su paso: «apariencia triste y melancólica, mirada aturdida,... indiferencia hacia todo;... práctica imposibilidad de levantarse

⁵⁴ *Mont-Saint-Michel and Chartres* (1912), p. 2.

⁵⁵ Wiener, *English Culture*, pp. 66, 64, 74, 76. Ver Girouard, *Sweetness and Lights: The «Queen Anne» Movement*, pp. 5, 25-7, 60-2.

⁵⁶ H. D. Molesworth, «A note on the collection», en *Snowhill Manor*, London: National trust, 1978, pp. 30-1; Wade, *Haphazard Notes*, Cheltenham: National trust, 1979.

⁵⁷ Grahame, *First Whisper of «The Wind in the Willows»*, p. 26.

⁵⁸ Hofer, «Medical dissertation on nostalgia» (1688), p. 384.

de la cama, silencio obstinado, rechazo de toda comida y bebida, demacración, marasmo y muerte». Un médico descubrió que los pulmones de las víctimas de la nostalgia estaban adheridos con fuerza a la pleura del tórax; y el tejido del lóbulo, espeso y purulento⁵⁹. En realidad habían muerto de meningitis, gastroenteritis o tuberculosis, pero todo el mundo culpaba a la nostalgia. Dejar el hogar por mucho tiempo era arriesgarse a morir. «Padezco añoranza» —escribía Balzac desde Milán— «si siguiera así dos semanas más, me moriría⁶⁰». Tampoco hay que ir muy lejos para afligirse; Hofer descubrió síntomas de nostalgia en un joven que había dejado Berna para irse a estudiar a Basel, a 40 kilómetros de distancia⁶¹.

Los mercenarios suizos que había a lo largo y ancho de Europa fueron las primeras víctimas de la nostalgia. El mero hecho de oír una melodía pastoril que les resultara familiar les desataba una profunda morriña por los amados paisajes alpinos.

El intrépido suizo que vigila una tierra extraña,
Condenado a no escalar ya más sus riscos y montañas,
Si es que por azar escucha la canción dulce y salvaje
Que sus horas de infancia gozaron en esos parajes

Ante aquellos lugares hace mucho perdidos que surgen en su entorno se entenece y se hunde, mártir de suspiros arrepentidos y trastorno⁶².

Nada evocaba los Alpes de una forma más vívida que una melodía alpina. Esa música obsesionaba a quien la llevaba dentro como «una imagen del pasado a la vez definida e inasequible». El recuerdo «de la infancia reaparece a través de una melodía, ...y nos convierte en presas de esta «passion de souvenir⁶³». El incesante sonar de los cencerros de las vacas en las alturas alpinas hizo que los suizos fueran especialmente vulnerables al daño que ocasiona oír el sonido de esquilas. Para protegerse de la nostalgia, a los soldados suizos se les prohibió tocar, cantar y hasta silbar melodías alpinas⁶⁴.

La medicación incluía sanguijuelas, purgas, vomitivos y sangrías; para las últimas fases de la nostalgia Hofer aconsejaba «emulsiones hipnóticas», «bálsamos cefálicos» y opio. Un general ruso en 1733 descubrió que el terror era eficaz: a los soldados que estaban incapacitados por la nostalgia se les enterraba vivos, y después de dos o tres enterramientos la epidemia

⁵⁹ Boisseau y Pinel, «Nostalgie», y Leopold Auenbrugger, *Inventum novum* (1761), en Starobinski, «Idea of nostalgia», pp. 97-8.

⁶⁰ Honoré de Balzac a Mme. Hanska, 23 de mayo de 1838, citado en *ibid.*, p. 86n.

⁶¹ «Medical dissertation», p. 392.

⁶² Rogers, *Pleasures of Memory* (1792), p. 26.

⁶³ Starobinski, «Idea of nostalgia», p. 93.

⁶⁴ Carles A. A. Zwingmann, «Heimweh» o «Nostalgic Reaction»: A conceptual Analysis and interpretation of a Medico-Psychological Phenomenon (1959), citado en Fred Davis, «Nostalgia, Identity and the current nostalgia wave», p. 415; Starobinski, «Idea of nostalgia», p. 90. Rousseau y otros, ya en el siglo XIX, aludían a esta prohibición pero no se ha encontrado ninguna evidencia documental de la misma (Métraux, *Ranz des vaches*, pp. 53-7.

de morriña remitía. De todas formas, el hacerse el enfermo pocas veces resultaba sospechoso; la repatriación se consideraba la única cura efectiva. Incluso el ejército francés sitiado en 1793 dio a los reclutas azotados por la «añoranza» la posibilidad de ir a recuperarse a casa⁶⁵.

La nostalgia se mantuvo mucho tiempo como una enfermedad orgánica. En 1873 apareció un tratado médico sobre este mal e incluso recibió un premio⁶⁶. Calificada como un «desorden contagioso» que podría «extenderse con la velocidad de una epidemia» a través de los centros de reclutamiento, la nostalgia figuraba en la lista de enfermedades características de la Segunda Guerra Mundial del Jefe del Departamento Médico del ejército de los Estados Unidos, y en una fecha tan tardía como 1946 fue definida por un eminente científico social como una enfermedad «psico-fisiológica» posiblemente fatal⁶⁷; los psicólogos identificaban la añoranza del hogar como una aflicción propia de los estudiantes, y los centros de salud universitarios la trataban a la vez que a la gripe y a la hepatitis⁶⁸. Pero las connotaciones sociológicas de la nostalgia han eclipsado ya a la enfermedad mental. Hoy, raras veces asociada con la añoranza del hogar, la nostalgia se ha convertido estrictamente en un estado de la mente.

La nostalgia, que una vez fuera amenaza o consuelo de una pequeña elite, en la actualidad atrae o aflige a la mayoría de los estratos de la sociedad. Los buscadores de ancestros investigan en los archivos cuáles fueron sus raíces; millones de personas atestan las casas históricas; las antiguédales absorben a las clases medias; los recuerdos inundan los mercados de consumidores. En otros tiempos, el desafío que suponían las nuevas expectativas aplacaba la morriña que los estadounidenses sentían a menudo; hoy, sin embargo, «el pasado a muchos les parece una quilla y, por lo tanto, están intentando meterle un garfio, arrastrarlo de costado y fijarlo en un lugar⁶⁹». Se dice que «una rebelión creciente contra el presente, y un creciente anhelo del pasado» ejemplifican al ánimo de la posguerra. «Nunca antes en toda mi larga vida he oído a tanta gente que deseara haber vivido «a principios de siglo», «cuando la vida era más simple», o «cuando valía la pena vivir», o simplemente «en los buenos viejos tiempos» —señala un personaje de ciencia-ficción—. «Por primera vez en la historia humana, el hombre está desesperado por escapar del presente⁷⁰».

La desconfianza respecto del futuro estimula también la nostalgia actual. No podemos amar el pasado de un modo tan excesivo como lo amaban muchos en el siglo XIX; sin embargo, nuestros celos en torno a lo que pueda venir son más graves. «Puedo leer tu futuro» —dice un adivi-

⁶⁵ Hofer, Medical dissertation», p. 389; Starobinski, «Idea of nostalgia», pp. 95-6.

⁶⁶ August Haspel, citado en Starobinski, «Idea of nostalgia», pp. 99-100.

⁶⁷ Flicker and Weiss, «Nostalgia and its military implications», pp. 386-7; Ruml, «Some notes on nostalgia», p. 7.

⁶⁸ «Homesickness is usual but it doesn't last long», *Parents Mag.*, 20 (Oct. 1945), 178; McCann, «Nostalgia—a review of the literature» (1941); *idem*, «Nostalgia: a descriptive and comparative study» (1943); Fodor, «Varieties of nostalgia» (1950).

⁶⁹ Eric Sevareid, «On times past», *Preservation News*, 14:10 (1974), 5.

⁷⁰ Finney, «I'm scared» (1961), pp. 36-7.

no— «o, tal y como tanta gente parece preferir hoy en día, puedo recordar con nostalgia viejas historias de tu pasado⁷¹». Las perspectivas de ruina económica, de agotamiento de los recursos, o de Armagedón nuclear hacen del pasado un refugio crucial, y nuestra vuelta atrás es algo tan generalizado que una autoridad tiene miedo de que «estemos entrando en un futuro en el que la gente pueda de nuevo morir de nostalgia⁷²».

Más allá de estos rasgos nostálgicos se esconden vínculos con el ayer que son verdaderamente patológicos. Algunos se rodean por completo de pasado. Otros ya no son capaces deshacerse de nada, como la vieja que salvaba con todo cuidado «trozos de cuerda demasiado cortos como para poderse utilizar», como el hombre que acumulaba miles de tarros de sus propios excrementos, o el coleccionista de botellas de polvo que recordaban un antiguo amor con etiquetas como «Polvo del vestido de R. Polvo junto a la cama de R. Polvo de cerca de la puerta de la habitación de R.⁷³» La obsesión nostálgica es la *raison d'être* del pub de Nigel Dennis para la «recapitulación espiritual», con sus devotos de la

caligrafía medieval, que confundían al cartero con sus direcciones renacentistas... Algunos llevaban bombines pequeños y curvos y llegaban... en turismos que se habían fabricado en los años 20: bebían su cerveza en viejas tazas tipo *moustache*. Muchos eran jardineros, y solamente cultivarían rosas que no hubieran sido vistas en varios siglos... (el pub) cubría todos los períodos desde el tomista al eduardiano, y no había cosa que más despreciara que el malestar del presente.

El espectador que presencia ceremonias ya algo anticuadas «llora compungido al pensar que está pegado a este presente siempre tan desgraciado⁷⁴».

«Podemos todavía preservarnos de la nostalgia» —clama un crítico— «y, más aún, de la nostalgia de la nostalgia⁷⁵». Demasiado tarde: la enfermedad del siglo XVII es ahora una droga que nos engancha a todos. Hasta los años setenta, los viajes nostálgicos eran «bastante disimulados y ambivalentes» —piensa Michael Wood— «porque no queríamos renunciar a nuestra autoridad sobre el presente, sobre aquello que quiera decir ser moderno». La modernidad ha perdido su encanto desde entonces. «Ahora que el presente parece tan lleno de dolor,... la profusión y la franqueza de nuestra nostalgia... no sugieren solamente una sensación de pérdida y un tiempo con problemas, sino una abdicación generalizada, una auténtica deserción del presente.» La frase «Ya no los harán así nunca más» ha desechado su anterior matiz irónico y se ha convertido en un verdadero lamento⁷⁶.

⁷¹ Ed Fischer, viñeta, *New Yorker*, 15 de marzo. 1976, p. 39.

⁷² Jay Anderson, citado en *History News*, 38:12 (1983), p. 11.

⁷³ Pesetsky, «Hobbyist», p. 42.

⁷⁴ Dennis, *Cards of Identity*, pp. 161-2, 171.

⁷⁵ Francis Hope, «My grandfather's house», *New Statesman*, 1 de junio de 1973, p. 807.

⁷⁶ Wood, «Nostalgia or never», p. 346.

En la actualidad, la nostalgia llega incluso a estar planeada. Al igual que Kierkegaard, miramos atrás en medio del goce que produce recobrar el pasado para la memoria y contemplar la nostalgia por los acontecimientos futuros: una joven se imagina a sí misma convertida en una abuela que recuerda la infancia de sus hijas que aún no han nacido⁷⁷. «Tan sólo una tarde de conversación, con el sol filtrándose por la madreseiva»: un personaje de Margaret Drabble recuerda haber tenido ese pensamiento tras concebir esa imagen que más tarde le iba a causar «la más triste y exquisita nostalgia. Ella estaba triste por adelantado y, sin embargo, al mismo tiempo tremendamente feliz... por saber que... se estaba creando un pasado para sí misma⁷⁸». «¿Te acuerdas de la nostalgia? ¿Te acuerdas de cuando recordabas los años 1950?» —pregunta un escritor satírico—.

¿Te acuerdas de cuando recordaste tu primer beso? ¿Te acuerdas de cuando recordaste tu primera clase de baile en el colegio? ¿Te acuerdas de cuando recordaste tu nombre de pila?... Sí, aquellos eran los años setenta, días *inocentes*... días *más sencillos*, cuando todo lo que tenías que hacer para pasarlo bien era relajarte y recordar las tiendas de malta, el cobro de varios sueldos y pensiones, los peinados en cola de caballo... Tú das valor al acordarte de cuando recordabas estos recuerdos... sí, te acordabas de todo ello en los años setenta, la Edad de Oro de la Nostalgia,... los recuerdos atesorados con el mayor fervor de cuantos tú recuerdas haber recordado... Y ahora aquí está tu propia abuela para decirte cómo dar órdenes⁷⁹.

Los críticos se mofan de las absurdidades Kitsch de la nostalgia y deploran su manera de perder los nervios ante los esfuerzos del presente y su falta de fe en el futuro; se la desprecia como «el paliativo más de moda para los que tienen poca sustancia espiritual⁸⁰». En fecha tan temprana como 1820, Peacock ridiculizaba al poeta nostálgico que «vive en el pasado,... con modales bárbaros, costumbres obsoletas y cada vez más supersticiones⁸¹». La tira cómica *Punch* ridiculizaba las visiones del futuro que había en las penurias de 1944: «Supongo que más o menos dentro 30 años» —dice un personaje en la cola de una tienda— «la gente insistirá en describir esto como los buenos viejos tiempos⁸²». Para proteger a los visitantes de Williamsburg de su enloquecida afición por el pasado, los guías disfrazados deberían estar desdentados y dispuestos a admitir que «si de verdad fuéramos gente de aquella América que era colonia inglesa, casi todos nosotros estaríamos muertos a causa de la corta esperanza de vida⁸³».

Se culpa a la nostalgia de alienar a la gente respecto del presente. El mundo de hoy cuando no es catastrófico o terrorífico se vuelve plano,

⁷⁷ Kierkegaard, *Either/Or*, 1:240-1; Davis, *Yearning for Yesterday*, p. 12.

⁷⁸ Drabble, *Jerusalem the Golden*, p. 93.

⁷⁹ George W. S. Trow, «Bobby Bison's big memory offer», *New Yorker*, 30 de diciembre de 1974, p. 27.

⁸⁰ Barry Humphries, «Up memory creek», *TLS*, 9 de abril de 1976, p. 418.

⁸¹ *Four Ages of Poetry*, p. 16.

⁸² Mays, viñeta, *Punch*, 4 de octubre de 1944, p. 295.

⁸³ Barry, «Why I like old things», p. 50.

aburrido y vacío» —señala un crítico— «un tiempo que lo único que deja hacer a nuestras imaginaciones es sumergirse en el pasado⁸⁴». La enorme popularidad de la reconstrucción de «paisajes que nunca conocimos pero que habríamos deseado tener», es lo que lleva a no querer afrontar los dilemas del presente⁸⁵.

Si bien, por una parte, la nostalgia es un síntoma de malestar, por otra, tiene también virtudes compensadoras. El apego a los lugares familiares puede amortiguar el cataclismo social, el apego a las caras conocidas puede ser necesario para tolerar la vida en sociedad⁸⁶. En la opinión de un sociólogo, la nostalgia reafirma las identidades magulladas por el desorden reciente cuando «las convicciones fundamentales establecidas acerca del hombre, la mujer, las costumbres, los modales, las leyes, la sociedad y Dios eran desafiadas, interrumpidas y agitadas» como nunca antes⁸⁷. Como reacción a los trastornos de los años sesenta y los primeros setenta nos entró la obsesión por los tiempos pasados —sugiere un analista— «al insistir en que hubo un tiempo en el que la vida se podía vivir y, sí, sí, si mirásemos con la suficiente lejanía y firmeza a alguna cosa justa de nuestro pasado, ésta volvería a ser justa de nuevo⁸⁸».

RECUPERAR EL PASADO

¿Es que no es posible —me pregunto a veces— que las cosas que hemos sentido con gran intensidad tengan una existencia propia al margen de nuestras mentes; que esas cosas, de hecho, todavía existan? Y si es así, no será posible, con el tiempo, que se invente algún aparato por medio del cual podamos tocarlas?... En lugar de recordar aquí un lugar y allí un sonido, pondré una clavija en la pared y con ella escucharé el pasado... Una emoción fuerte tiene que dejar huella y no hay más que descubrir cómo podemos volver a vincularnos a ella de nuevo, para así ser capaces de vivir nuestras vidas en su totalidad desde el principio. †

Virginia Woolf, «A sketch of the past»⁸⁹

La atracción que provoca el pasado va más allá del anhelo nostálgico de un pasado que se imagina o se cambia por otro a capricho. Algunos llegan al punto de especular sobre la manera de volver a visitar el pasado real. Esos anhelos han sido durante mucho tiempo un punto esencial de la

⁸⁴ Wodd, «Nostalgia or never», p. 344.

⁸⁵ Riley, «Speculations on the new American landscapes», p. 6. En torno a las idealizaciones de pasados rurales, ver Raymond Williams, *The Country and the City*, pp. 44-5.

⁸⁶ Ruml, «Some notes on nostalgia», p. 8.

⁸⁷ Davis, «Nostalgia, identity», p. 421.

⁸⁸ Hasbany, *Irene: considering the nostalgic sentiment*, p. 819. La pérdida de confianza en el presente generó una avalancha de temas, material gráfico y tipografía nostálgicos en la publicidad durante los años 1960 y 1970 (Moriarty y McGann, «Nostalgia and consumer sentiment», pp. 82-5.

⁸⁹ 1939, en sus *Moments of Being*, p. 74.

literatura fantástica. Resulta difícil valorar si son muy comunes o no: una encuesta a 528 estudiantes de enfermería en Michigan en 1974 reveló que menos de un tercio pensaba que merecía la pena cualquier recuperación del pasado histórico. Sin embargo, dos tercios de los hombres y casi la mitad de las mujeres darían sustanciosas cantidades de dinero por revivir un año de sus vidas personales, y un número todavía mayor lo daría por recuperar un día o una hora⁹⁰. La extendida creencia en la reencarnación y la fascinación con la vuelta atrás en el tiempo suscitan un gran interés por la recuperación del pasado.

La idea de un pasado imposible de recuperar a muchos les parece insoportable. Sabemos que el futuro es inaccesible; pero ¿está el pasado perdido de un modo irrevocable? ¿No hay forma de volver a capturarlo, de volver a experimentarlo, de volver a vivirlo? Imploramos una evidencia de que el pasado continúa y, por ello, lo podemos recuperar. Algún poder, algún mecanismo, alguna fe nos permitirá no sólo conocerlo, sino verlo y sentirlo. Algún día, en algún lugar, la vida cotidiana de nuestros abuelos, los sonidos rurales del ayer, las conversaciones de Rousseau, los hechos de los Padres Fundadores de los Estados Unidos, las creaciones de Miguel Ángel y la gloria que fue Grecia⁹¹ se volverán a vivir de nuevo.

Muchos coinciden con Virginia Woolf en que «el pasado —como algunos fantasmas inmensos, colectivos— se encuentra aquí más allá de toda posibilidad de exorcismo», haciendo revivir a los objetos que reciben sus ecos, preparándose para meterse en los cerebros que están de acuerdo con él⁹². «Vivimos en... el pasado, porque en sí mismo está vivo... Nada muere para siempre⁹³». En una novela, un biógrafo que se halla en busca de fuentes no puede creerse «que el pasado histórico esté extinguido, ido; lo más seguro es que tan sólo esté en alguna otra parte, vuelto hacia otro plano de existencia, todavía poblado y activo, disponible bajo la única condición de que uno pueda alcanzarlo⁹⁴». Algunas profesiones y reliquias convencen a los espectadores de que el pasado no solamente sobrevive sino que sale a la superficie de nuevo. Joseph Smith, que fundó la iglesia mormona, convenció a miles de seguidores de que habían vivido hacía mucho tiempo; desde su temprana juventud se dedicó con frecuencia a describir los pueblos antiguos y sus formas de comportamiento «con tanta facilidad... como si hubiera estado toda su vida con ellos⁹⁵». Aquellos que filmaron a Alceo Dossena creando obras de arte «clásicas» se

⁹⁰ Cottle, *Perceiving Time*, Tablas 8-12, 222-4. Los estudiantes, de los que cuatro quintos eran hombres, estaban entre los 17 y los 21 años de edad. De acuerdo con un sondeo de 1965, el 18% de los licenciados de universidad polacos habrían preferido vivir en el pasado, y muchos de ellos en un pasado muy lejano (Szacka), «Two kinds of past-time orientation», p. 66.)

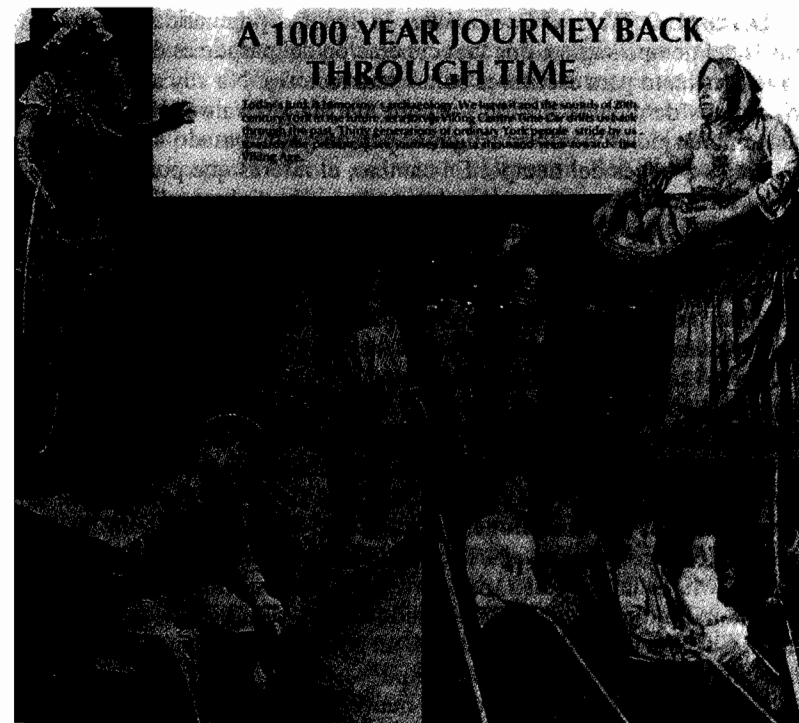
⁹¹ Aquí el autor parafrasea el verso *To the glory that was Greece* del poema «To Hellen» de E. A. Poe, algo que para el lector norteamericano debe ser sumamente familiar (N. del T.)

⁹² Matheson, *Somewhere in Time*, p. 37.

⁹³ Compton-Burnett, *A Father and His Fate*, p. 164.

⁹⁴ Lively, *According to Mark*, p. 110.

⁹⁵ La madre de Smith, citado en Silverberg, *Mound Builders*, p. 44.



3. El poder de atracción del viaje a través del tiempo: «Coche del Tiempo» del Jorvik Viking Centre, York (York Archeological Trust, Ltd.).

convencieron de que reencarnaba el espíritu de la antigüedad, y el falsificador Tom Keating exclamaba que «los espíritus de los viejos maestros bajaban y se apoderaban de su trabajo⁹⁶».

Recuperar el pasado ha sido siempre una de las preocupaciones principales de la ciencia-ficción desde sus orígenes a finales del siglo XIX. Esta idea de habitar en los tiempos anteriores puede sorprender a aquellos que ante todo asocian la ciencia ficción con los mundos futuros; sin embargo, un repaso a la misma revela cientos, si no miles, de historias en torno a la vuelta al pasado o a la recuperación de la visión del mismo, que repiten la experiencia histórica por medio del viaje a través del tiempo⁹⁷.

⁹⁶ Hans Cürllis, guión de la película *Alceo Dossena*, citado en Arnau, *Three Thousand Years of Deception in Art and Antiques*, pp. 223-5; Guy Rais, «Old Masters' spirits took over, says Tom Keating», *Daily Telegraph*, 2 de febrero de 1979.

⁹⁷ La Science Fiction Library, North East London Polytechnic, ayudó en gran medida mi repaso. La *Encyclopedia of Science Fiction* de Peter Nicholls incluye artículos (los nombres de los autores están entre paréntesis) sobre: «Adam and Eve», «Alternative worlds», «Origin of man», «Reincarnation» (Brian Stableford); «Atlantis», «Pastoral» (David Pringle); «History in SF» (Tom Shippey); «Mythology» (Peter Nicholls); «Time Paradoxes», «Time travel» (Malcolm J. Edwards). Ver también Rose, *Alien Encounters*, pp. 96-138.

Desde H. G. Wells al *Doctor Who*, la inmensa popularidad del viaje a través del tiempo sugiere que la recuperación del pasado es de un profundo interés tanto para escritores como para lectores. No voy a afirmar que los autores de ciencia-ficción —aparte de Mark Twain o Henry James, que también hicieron volver a algunos personajes al pasado— creyeran en los viajes a través del tiempo. En cambio, el interés que ponen en saber cómo sería eso de ver los tiempos pasados o de vivir en ellos, en cómo volver allí, y en las consecuencias de tales visitas subraya sus propias obsesiones, y presumiblemente las de sus lectores con respecto a las promesas y peligros de un pasado que se puede visitar. La ciencia-ficción es una pista inestimable para estudiar las preocupaciones en torno al pasado. Sus fantasías nos proporcionan intuiciones en el campo de los sentimientos que no son menos válidas porque su consumación sea imposible. Precisamente por no estar controladas por el sentido común, revelan pasiones y presuposiciones que proyectan los intereses diarios en el pasado en busca de un alivio rápido. Lo cierto es que la metáfora del viaje a través del tiempo se ha extendido más allá de la ciencia-ficción y ahora designa todas las formas de diversiones nostálgicas. Los visitantes de York y Winchester hacen «excursiones por el tiempo» hacia atrás, a través de los siglos. «Mis alumnos serán transportados directamente a los tiempos de los Tudor» —dijo un maestro hablando de una casa histórica de aspecto bastante teatral—. «Ellos han tendido un puente de más o menos 400 años casi como si fueran viajeros del tiempo⁹⁸».

La ciencia moderna ha dado un nuevo impulso a una vieja tradición que promete la recuperación del pasado. Esta creencia por sí sola es digna de veneración. «Todas y cada una de las ciudades, aldeas y campos volverán a ser exactamente como fueron, y así una y otra vez» —predijeron los estoicos⁹⁹—. La fe en la repetición cíclica ha sido un símbolo de autenticidad en muchas sociedades. Sin embargo, la capacidad de recordar y la posibilidad de acceder a un pasado histórico —en la mente o en el cosmos— sólo se convirtieron en grandes preocupaciones en los siglos XVIII y XIX¹⁰⁰. Del mismo modo, los poetas románticos y los científicos empíricos se convencieron de que el pasado persistía en el presente como una realidad que podría ser resucitada, aunque ellos no supieran cómo. Haciéndose eco de los estoicos, Thomas Hardy creía que «una vez que ha ocurrido un acontecimiento, no solamente no puede ser nunca deshecho sino que entra en un espacioso dominio que contiene todos los tiempos donde sigue sucediendo por siempre una y otra vez¹⁰¹». «Ni una sola cosa en el pasado» —observa un personaje de H. G. Wells— «ha dejado sus recuerdos sobre nosotros. Algún día tal vez aprendamos a recoger esa tela de araña olvidada, tal vez aprendamos a entretejer sus hebras otra vez, hasta

⁹⁸ Citado en Rich, «Ten Thousand children in need of a sponsor».

⁹⁹ Obispo Nemesio de Emesa, *On the Nature of Man*, citado en Whitrow, *Nature of Time*, p. 17.

¹⁰⁰ Poulet, *Studies in Human Time*, pp. 185-200.

¹⁰¹ J. H. Miller, «History as repetition in Thomas Hardy's poetry», p. 247.

que se nos devuelva la totalidad del pasado¹⁰²». Fue el deseo el que originó el pensamiento del protagonista de H. Rider Haggard, cuya imaginación «puso en marcha su rápida lanzadera hacia atrás a través de las épocas, tejiendo sobre su oscuridad una imagen tan intensa y real que yo casi podría pensar por un momento que había triunfado sobre el Pasado, y que los ojos de mi espíritu habían atravesado el misterio del Tiempo¹⁰³».

Muchos pensaron que el receptáculo del pasado era la memoria misma. Dado que el pasado daba forma al presente de todos, ninguna impresión transitoria podría ser borrada del cerebro; el almacén de la memoria los conservaba a todos de forma permanente. En opinión de De Quincey, el cerebro era «un palimpsesto natural y poderoso» que amontonaba «eternas capas de ideas, imágenes y sentimientos. Cada sucesión ha parecido enterrar todo lo que ocurrió con anterioridad. Y sin embargo, en realidad, ni una sola ha sido suprimida¹⁰⁴». Para recordar sus visitas infantiles a los cafés al aire libre de Montpellier, Hazlitt sólo tenía que «abrir con una llave el cofrecito de la memoria y hacer que los carceleros del cerebro se retirasen. Allí, el lugar de mis tumbos infantiles vive aún imperecedero, incluso con tonos más frescos¹⁰⁵».

Muchos creían que los residuos de la memoria superaban en duración a las vidas presentes. Shelley asustó a una madre insistiendo en que su bebé de pocas semanas describiría su existencia anterior ¡seguramente un niño tan joven aún no la había olvidado¹⁰⁶! Swedenborg y otros literatos, incluyendo a Coleridge y De Quincey, cuyas visiones estaban inducidas por el opio, recuperaron pasados con toda profusión de detalles¹⁰⁷. También la fiebre intensifica tales percepciones: en un delirio, George Gissing evocó las calles atestadas, las procesiones, los mármoles sepulcrales y los grandes jarrones de la antigua Crotona dos milenios antes, reconstruyendo «hasta la suma perfección de su intimidad, un mundo que yo sólo conocía a través de fragmentos en ruinas¹⁰⁸».

A menudo es el entorno el que se convierte en el almacén de los recuerdos; sin embargo, uno los recobra solamente mediante la revelación, no mediante el deseo. Proust calificó como «una tarea vana intentar recobrar» el pasado, que se esconde «más allá del alcance del intelecto, en algún objeto material... Depende de la suerte el que nosotros hagamos o no progresos en cuanto se refiere a ese objeto antes de que nos toque morir.» Un impulso de este tipo fue la magdalena en Combray, cuyo olor y sabor «lleva con toda claridad, en la minúscula y casi impalpable gota de su esencia, la vasta estructura del recuerdo¹⁰⁹».

¹⁰² *The Dream*, p. 236.

¹⁰³ *She* (1886), p. 199.

¹⁰⁴ *Suspira de Profundis* (1845-54), pp. 246-7.

¹⁰⁵ «Why distant objects please» (1821), p. 257.

¹⁰⁶ Hogg, *Life of Percy Bysshe Shelley*, 1:239-40. Ver también Jenkyns, *Victorians and Ancient Greece*, pp. 233-4.

¹⁰⁷ Poulet, «Timelessness and Romanticism».

¹⁰⁸ Gissing, *By the Ionian Sea*, pp. 82-4.

¹⁰⁹ *Remembrance of things Past*, 1:47-8, 51. (En la versión española *En Busca del Tiempo Perdido*, Madrid, 1966).

La fe en la recuperación de la memoria impulsó la psicología freudiana. Freud sostenía que las «impresiones inconscientes no sólo se conservan en la misma forma en la que se recibieron por primera vez, sino también en todas las formas que han adoptado en sus desarrollos ulteriores».

«En teoría cada estado anterior de contenido mnemotécnico se podría así restaurar de nuevo en la memoria¹¹⁰». Además aunque las ideas de Freud sobre la retención memorística no fueron siempre consistentes, él a menudo las consideraba dignas de ser reivindicadas. «No sólo *un poco* sino *todo* lo que es esencial desde la niñez se ha remansado en estos recuerdos (de pantalla¹¹¹). Se trata tan sólo de conocer el modo de extraerla de ellos (de los pacientes) a través del análisis¹¹²». El psicoanálisis daba crédito a la fe —propia de principios de siglo— en que los recuerdos eran imperecederos. «Mi idea de la conservación íntegra del pasado» —pensaba Bergson— «ha encontrado cada vez más su verificación empírica en la masa de experimentos llevados a cabo por los discípulos de Freud¹¹³». Con Proust, Joyce, y Mann, el almacén de la memoria inconsciente se convirtió en un reserva temática literaria.

Una confirmación adicional pareció venir de la neurocirugía en los años treinta. Utilizando el estímulo eléctrico, Wilder Penfield pretendió sacar información de la memoria completa y auténtica de sus pacientes: «Existe un registro permanente de la corriente de consciencia dentro del cerebro. Éste se conserva con asombroso detalle. Ningún hombre, mediante su esfuerzo voluntario, puede hacer que esa precisión en el detalle vuelva a la memoria. Sin embargo, oculta en las áreas interpretativas de los lóbulos temporales, hay una llave para el mecanismo que abre el pasado¹¹⁴». A pesar de que muy pocas evidencias posteriores apoyan la afirmación de Penfield, el hecho de que su fama perdure explica en gran parte por qué una abrumadora mayoría de psicólogos cree aún que todos los recuerdos son recuperables en potencia¹¹⁵.

Recuperar los recuerdos acumulados no sólo en los individuos sino en las especies es un sueño compartido por muchos científicos. Dado que la memoria sobrevive a la pérdida de la masa cerebral a lo largo de la vida, el astrónomo Gustaf Strömberg pensó que podría sobrevivir a la disolución

¹¹⁰ *Psychopathology of Everyday Life* (1901), p. 275.

¹¹¹ El término *Screen memory* pertenece al psicoanálisis y hace referencia a la memoria que se puede tolerar y que se usa inconscientemente como pantalla contra recuerdos que podrían resultar penosos si se devolviesen a la mente. (N. del T.)

¹¹² «Remembering, repeating and working-through» (1914), 12:148.

¹¹³ Bergson, *Pensée et le mouvant* (1934), p. 1316; ver *idem*, *Matter and Memory* (1896); Lewin, *Selected Writings*, p. 405.

¹¹⁴ «Some mechanism of consciousness discovered during electrical stimulation of the brain» (1958), citado en O'Brien, «Proust confirmed by neuro-surgery», pp. 295-7. Ver también Penfield, «Permanent record of the stream of consciousness (1955): «Parece que se puede disponer del registro original... mientras el hombre pueda mantener su juicio» (p. 69); «no se pierde nada... el registro de la experiencia de cada hombre es completo» (p. 67).

¹¹⁵ Este punto de vista lo comparte el 84% de los psicólogos y el 69% del público en general (Loftus y Loftus, «On the permanence of stored information in the human brain» [1980], p. 410)

de las células cerebrales tras la muerte, «para convertirse en una parte eterna del cosmos¹¹⁶». Las semejanzas genéticas podrían transferir la memoria desde una mente del pasado a una del presente —como sugería J.B.S. Haldane¹¹⁷—, una idea adoptada con profusión por la ciencia ficción. «Las experiencias vitales de nuestros ancestros no demasiado lejanos se reciben como herencia en ciertas células del cerebro, de la misma manera que sus características se duplican en nuestros cuerpos» —conjetura un escritor—; el hipnotismo podría inducir a un hombre a revivir episodios ancestrales «como si fueran una parte de su propia experiencia¹¹⁸». Un biofísico supone que algunas drogas podrían «permitirnos ver, oír y llegar a ser expertos en cosas que ocurrieron en el pasado» trayéndonos a la conciencia patrones heredados de los tiempos primitivos¹¹⁹. Lejos de estar limitada a la ficción, esta noción anima las «fantasías originales» que Freud atribuía a experiencias heredadas filogenéticamente que fueron «una vez acontecimientos reales en los tiempos primitivos de la familia humana¹²⁰».

Una buena parte del pasado que se recupera de forma imaginaria está alentada por la reencarnación, una creencia normativa en muchas culturas que es popular aún hoy en la nuestra. Aunque la reencarnación no tiene por qué conllevar familiaridad con un pasado anterior al nacimiento, desde Pitágoras y Empédocles en adelante, muchos han exigido «recordar» las vidas anteriores. El poeta irlandés AE «recordó» sus personas pasadas navegando en galeras sobre el océano antiguo, viviendo en tiendas de campaña y cámaras palaciegas, tumbándose en estado de trance en las criptas egipcias; Salvador Dalí «recordaba» vivamente haber sido San Juan de la Cruz en su monasterio¹²¹. Cuando era niña, la arqueóloga Dorothy Eady «reconoció» como su «casa» una pintura del antiguo templo de Abidos y finalmente volvió a vivir en Egipto como Om Seti, la niña abandonada en el templo de la XIX dinastía que ella había sido en otro tiempo; «a veces me levanto por la mañana», decía a un visitante, «y no puedo recordar si estoy antes o después de Cristo¹²²». Un licenciado alumno mío, convenci-

¹¹⁶ *Soul of the Universe*, pp. 188-92: «La memoria de un individuo está escrita en una letra indeleble en el espacio y en el tiempo; se ha convertido en una parte eterna de un cosmos en desarrollo» (p. 191). Kern (*Culture of Time and Space*, pp. 41-2) rastrea esta creencia desde el *Organic Memory* de Henry Maudsley (1867) y el *Life and Habit* de Samuel Butler (1877) hasta Bergson y Freud. Esta versión se inmortalizará, por así decirlo, en el *Drácula* de Bram Stoker (1897).

¹¹⁷ *Man with two memories*, pp. 137-9.

¹¹⁸ Long, «Reverse phylogeny», p. 33

¹¹⁹ Du Maurier, *House on the Strand*, p. 196.

¹²⁰ Freud, *Totem and Taboo* (1913), pp. 155-9; Jacobson y Steele, «From present to past», p. 358. Ver también la teoría del aprendizaje mediante la «resonancia mórfica» de Rupert Sheldrake (*New Science off Life* [1981]; y *New Scientist*, 18 de junio de 1981, p. 766; 28 de abril de 1983, p. 218; 27 de octubre, pp. 279-80).

¹²¹ AE, *Candle of Vision*, pp. 56-65, 143-7; Ben Martin, «Dali greets the world» (1960), citado en Head and Cranston, *Reincarnation*, p. 102.

¹²² Christopher S. Wren, «The double life of Om Seti», *IHT*, 26 de abril de 1979, p. 14; Lawrence Lancina, *Watch on the Nile*, carta, *IHT*, 5-6 de mayo de 1979, p. 4.

do de una vida anterior como rumano del siglo xvii, hizo de Bucarest su tema de tesis y se casó con una rumana para estrechar los lazos con su pasado (¡Ay! Su tesis quedó inacabada y su matrimonio fracasó pronto).

Adoradores y conversos sacian el hambre de pasado que tiene el público valiéndose de detalles íntimos: la «memoria lejana» que tenía Joan Grant de la Primera Dinastía Egipcia, del Monarca de Oryx, de Ramsés II; la «recuperación» de sus vidas en la antigua Roma, en la Cumberland céltica y en la armada de Napoleón que lleva a cabo el Cátaro de Arthur Guirdhan; el «redescubrimiento» de L. Ron Hubbard de los lugares de su vida como marinero cartaginés; los cientólogos de Hubbard no «recuerdan» sino que literalmente «reviven» las existencias anteriores¹²³.

Las reencarnaciones que se recuerdan en plena consciencia, por muy intensas que sean para sus poseedores, a menudo no resultan convincentes para otros. Sin embargo, los recuerdos destapados mediante una regresión hipnótica parecen más persuasivos ya que los sujetos no son conscientes de la *condición de pasado* de los acontecimientos que vuelven a contar; para ellos están sucediendo *ahora*. Las «historias de la vida anterior» obtenidas por la hipnotizadora Helen Wambach; Bridey Murphy, *alter ego* de Virginia Tighe; y la cripta de York de Jane Evans que había dado refugio a un judío del s. xii, parecen ofrecer un conocimiento y un comportamiento histórico auténtico desconocido para sus sujetos cuando están conscientes¹²⁴. En cualquier caso, Ian Wilson ha mostrado que todos estos relatos están llenos de anacronismos que delatan sus orígenes recientes; orígenes puestos de manifiesto cuando a los sujetos se les «hace regresar» a los momentos en los que leyeron o escucharon por primera vez algo acerca del pasado remoto que han absorbido de forma inconsciente. Por ejemplo, las descripciones del antiguo York de Jane Evans incorporan grandes partes del libro de Jean Plaidy *Katharine, the Virgin Widow* (1961) y del *The Living Wood* (1959) de Louis de Wohl¹²⁵. Los recuerdos divulgados están a la par infestados de sugerencias provenientes de la hipnosis. Lo cierto es que bajo los efectos de la hipnosis la gente es especialmente proclive a aceptar y a desarrollar de manera imaginativa recuerdos fragmentarios, no dándose cuenta nunca de que están equivocados e inventados. «La hipnosis te hace más confiado y más inexacto» —concluyen los psicólogos—; el detalle verosímil no es ninguna muestra de exactitud, ya que los hipnotizados describen el futuro con mayor convicción que el pasado. Con todo «la creencia popular de que la hipnosis utiliza recuerdos grabados en el inconsciente de forma indeleble tardará bastante en desaparecer¹²⁶».

¹²³ Grant y Denys Kelsey, *Many Lifetimes* (1974); Guirdhan, *The Lake and the Castle* (1976); *idem*, *Cathars and Reincarnation* (1976); Peter Moss con John Keeton, *Encounters with the past* (1981); Hubbard, *Have You Live Before This Life?*; *idem*, *Mission into Time*, p. 33; *idem*, *Dianetics*, pp. 235-7

¹²⁴ Wambach, *Reliving Past Lives* (1979); Morey Bernstein, *The Search for Bridey Murphy* (1956); Jeffrey Iverson, *More Lives than One?* (1977).

¹²⁵ Ian Wilson, *Reincarnation?* pp. 233-43.

¹²⁶ Vines y Barnes, «Hypnosis on trial», p. 16. Ver O'Connell, Shor, y Orne, «Hypnotic age regression»; Dywan y Bowers, «Use of Hypnosis to enhance recall»; Orne, *et al.*,

Otros se imaginan un pasado almacenado no en la memoria sino en el cosmos material, a pesar de que la noción de «huellas» de la memoria implica su estrecha afinidad. Los residuos físicos de todos los acontecimientos pueden dar un acceso al pasado potencialmente ilimitado. Muchos eruditos del siglo xix suponían que la totalidad del recuerdo histórico sobrevivía en algún lugar; aplicando las técnicas adecuadas, nada impediría su recuperación. El matemático Charles Babbage veía cada acontecimiento del pasado como una perturbación que reordenaba la materia atómica y que por ello tenía que haber dejado «un recuerdo imborrable, inextinguible y posiblemente legible incluso para una inteligencia creada¹²⁷», de la misma forma que los anillos del tronco de los árboles revelan el pasado climático: «Ningún movimiento provocado por causas naturales o por la mano del hombre se elimina nunca... El mismo aire es una enorme biblioteca, en cuyas páginas está escrito para siempre todo lo que el hombre ha dicho o incluso ha susurrado alguna vez... y los materiales más sólidos del globo portan del mismo modo testimonios perdurables de los actos que hemos llevado a cabo». Hasta los pensamientos que no se han dicho sobreviven en el éter cósmico, en el que «están grabados para siempre solemnes votos incumplidos y promesas insatisfechas¹²⁸»; ¡una conservación al servicio del Juicio final! Los científicos se han hecho eco de esta perspectiva durante mucho tiempo. «Una sombra nunca se posa sobre una pared sin dejar una huella permanente» —pensaba John William Draper—. «Sobre las paredes de nuestro apartamento más privado... están los vestigios de todos nuestros actos, las siluetas de cualquier cosa que hayamos hecho¹²⁹».

La noción de un pasado que se sitúa de forma permanente en los confines remotos del cosmos gana seguidores que están aturridos no sólo por la teoría de la relatividad sino también por la ciencia-ficción. Dado que, en la actualidad, los antiguos acontecimientos terrestres sólo «se pueden ver» en galaxias a años-luz de nosotros y que con el tiempo se harán manifiestos aún más lejos, la historia de la tierra en teoría podría revisarse repetidas veces. Un escritor sugiere que «cada detalle de la vida —y de todos los demás acontecimientos— quedará registrado en la matriz espacio-temporal y podrá someterse a cualquier clase de revisión¹³⁰». Los espiritualistas y los charlatanes son los que popularizan tales conjeturas. «Hasta el sonido más débil produce un eco eterno» —aseguraba Madame

«Hypnotically induced testimony», pp. 179-82, 192-4. Los retornos a la vida del pasado bajo hipnosis que da la televisión convencen de la reencarnación a uno de cada cinco telespectadores británicos (Brian Inglis, «The controversial and the problematical», *The Times*, 20 de diciembre de 1980, p. 12).

¹²⁷ Marsh, «Study of nature» (1860), p. 41, e *idem*, *Man and Nature* (1864), pp. 464-5n, paráfrasis y desarrollo de la idea de Babbage en torno el impacto del hombre sobre el medio ambiente en su totalidad.

¹²⁸ Babbage, *Ninth Bridgewater Treatise* (1837), pp. 113-16.

¹²⁹ *History of the Conflict between Science and Religion* (1873), p. 111.

¹³⁰ Michael Kirsch, citado en Peter Laurie, «About mortality in amber», *New Scientist*, 3 de abril de 1975, p. 37.

Blavatsky a sus seguidores—; «una perturbación se crea en las ondas invisibles del océano sin orillas que es el espacio y la vibración nunca se pierde del todo. Su energía... vivirá para siempre¹³¹». En la casa de Derbyshire de la que la reina María Estuardo intentó escapar en vano, la heroína de Alison Uttley supone que «el vibrante éter había tomado los pensamientos de aquella arriesgada y ruinosa aventura, de tal forma que las paredes... se veían avivadas por ellos; el lugar mismo estaba vivo con el recuerdo de las cosas que una vez se vieron y se oyeron... Las palabras dichas... se habían situado en alguna cavidad del éter y... se habían extendido por mi mente y se habían convertido en el más excepcional de los recuerdos¹³²».

La recuperación de sonidos pasados es un tema imaginativo y recurrente. En los baldíos vacíos del helado mar, el Pantagruel de Rabelais se sorprende al oír cañones bombardeando, silbar de balas, estruendo de armaduras, ruido sordo de hachas de guerra, caballos piafando, guerreros gritando y quejándose: sonidos de batalla que se habían congelado en el aire el invierno anterior y que ahora se estaban desplomando y derritiendo hasta hacerse audibles¹³³. Un cuento de Munchausen describe un invierno tan frío que a un postillón se le congeló la melodía dentro del cuerno que tocaba, saliendo sólo más tarde en forma de notas audibles¹³⁴. La identificación mística con culturas pasadas les permite a los juglares itinerantes de Hermann Hesse «interpretar la música de épocas anteriores con una perfecta pureza antigua¹³⁵». Los viejos sonidos se quedaban en las superficies y en el aire hasta que eran recogidos por el «barresonidos» de J. G. Ballard; las paredes y el mobiliario vibraban durante días con el resonar de sus residuos. Para volver a traer desde las épocas pasadas «los gritos de apareamiento de los mamuts, las recitaciones de Homero, las primeras ejecuciones de las obras maestras de la música», un fabulista hace aparecer un rayo de luz con el que alcanzar y reflejar de nuevo el sonido que dejaron los miles de años anteriores de la tierra. Otro se imagina grabar la historia sonora de la Edad de Piedra al revés mediante una lenta evaporación de las estalactitas en las cuevas de caliza que en otros tiempos estuvieron habitadas¹³⁶. Para recuperar valiosas escenas pasadas, un escritor concibe un «vidrio retardante» de casi infinitos exponentes refractarios a través de los cuales la luz puede tomarse años en pasar; los ventanales

¹³¹ *Isis Unveiled* (1877), p. 114.

¹³² *Traveller in Time*, p. 106. María de hecho estuvo retenida cerca de la casa solariega de Wingfield. «Que los objetos retienen algo de los ojos que los han mirado, que los viejos edificios y cuadros se nos aparecen... bajo un velo perceptible tejido para ellos a los largo de los siglos por el amor y la contemplación de miles de admiradores» es algo que Proust rechaza como fantasía científica que, sin embargo, ha sido adoptada como verdad psicológica (*Remembrance of Things Past*, 3:920. En la versión española, *En Busca del Tiempo Perdido*, Madrid, 1989).

¹³³ *Five books of Gargantua and Pantagruel*, Bk IV, Ch. 56, pp. 649-51.

¹³⁴ *Travels and Adventures of Baron Munchausen*, pp. 36-7.

¹³⁵ *Glass Bead Game*, p. 28. (En la versión española, *El Juego de los Abalorios*, Madrid, 1978).

¹³⁶ Atiadne, *New Scientist*, 25 de marzo de 1975, p. 816; 26 de enero de 1978, p. 264.

«captan escenas de excepcional belleza que pueden usarse... en lugar de escenas más feas o monótonas del aquí y ahora¹³⁷».

La ciencia-ficción despliega su ciencia no sólo para recuperar vistas y sonidos sino para hacer volver a la gente físicamente a los tiempos anteriores. «Pensamos que el pasado se ha ido» —dice un físico en una novela— «porque el presente es todo lo que podemos ver... no podemos ver el pasado, allá atrás, en las vueltas y revueltas que quedan detrás de nosotros. Sin embargo, está ahí.» De acuerdo con la teoría del campo unificado, «a un hombre debería permitírsele de alguna manera salir... y caminar para atrás, hacia uno de los recodos que quedan detrás de nosotros... Si Albert Einstein tiene razón... el verano de 1894 todavía existe. Aquel apartamiento silencioso y vacío existe hacia atrás en aquel verano, exactamente de la misma manera a como existe en el verano que viene.» Un viajero del tiempo podría hacer su camino «saliendo de aquel apartamiento que no ha cambiado y encaminándose hacia aquel otro verano¹³⁸».

Introducirse en el pasado es una hazaña que, con imaginación, se consigue de múltiples modos: drogas, sueños, golpes en la cabeza, pactos con el diablo, estallidos de relámpagos, estampidos de truenos y, desde H. G. Wells, máquinas del tiempo. Las reliquias que evocan la antigüedad —hachas votivas, restos de cruces, un abanico que queda como reliquia de familia—, de la misma forma que originan nuestros recuerdos, promueven muchas transiciones novelescas hacia el pasado. Una espada fosilizada despierta recuerdos ancestrales a un héroe de Francis Ashton que «reconoce» que hace mucho tiempo fue de su propiedad; la empuñadura de una espada céltica encontrada en la costa de Maine les permite a los niños del siglo xx de Betty Levin viajar hacia atrás a la Edad del Hierro irlandesa y a las Orcadas, cristianizadas bastante pronto, para participar en la vida antigua tradicional; un escudo pintado pone a Penelope Lively, de catorce años, en misterioso contacto con la tribu de Nueva Guinea que se lo había dado a su bisabuelo, que era etnólogo¹³⁹. En una casa vieja destrozada por el tiempo y el uso, un joven visitante concluye que el pasado es real porque las cosas que han sucedido permanecen escondidas en el edificio; tal vez los lugares, al igual que los relojes, puedan pararse «para que un momento, por así decirlo, siga existiendo por siempre», y le quede a uno la posibilidad de examinar el tiempo que les ha pertenecido a otros¹⁴⁰.

Volver a vivir el pasado se ve por lo general como algo que requiere una inmersión incondicional. La asociación empática, el conocimiento detallado, la profunda familiaridad con la época escogida son requisitos que ha de tener el viajero del tiempo, que debe evitar establecer antagonismos —o dejar perpleja— a la gente que conoce en el pasado. Se dice que el historiador de la obra de John Dickson Carr es el único hombre de los años veinte

¹³⁷ Bob Shaw, *Other Eyes, Other Days*, p. 48.

¹³⁸ Finney, *Time and Again*, pp. 52, 63.

¹³⁹ Ashton, *Breaking of the Seals*, p. 26; Levin, *Sword of Culann*; *idem*, *A Griffon's Nest*; Lively, *House in Norham Gardens*.

¹⁴⁰ Lively, *Stitch in Time*, p. 104.

que conoce lo bastante bien los detalles minuciosos de la vida en el siglo xvii como para salir airoso de un regreso al mismo¹⁴¹. Los aprendices de viajeros del tiempo de Jack Finney viven durante meses en pasados simulados que reproducen los paisajes, los sonidos y los olores de sus destinos, vistiéndose con las ropas, comiendo la comida y hablando el dialecto de la época para estar seguros de que se sentirán del todo como en casa¹⁴².

Tales dificultades rara vez desalientan a aquéllos que están hechizados por la promesa del pasado y cuyas ganas por el retorno de cuerpo entero no se sacian con el recuerdo, la historia o las reliquias. Los recuerdos son parciales y fugaces, las evocaciones históricas son a menudo poco imaginativas y muchos restos físicos están deteriorados o son difíciles de alcanzar o interpretar; los enclaves históricos, ya sean verdaderos lugares atrasados o artificiales reconstrucciones, parecen insípidos o inauténticos. Por eso, los adictos vuelven sus rostros hacia los imaginativos viajes que abrirán las verjas del pasado, les dejarán ver o vagar por allí a su antojo, y disfrutarán la vigorosa experiencia de los tiempos pasados.

QUÉ SE BUSCA EN EL PASADO QUE SE VUELVE A VISITAR

Si el tiempo se quebrase... no habría ningún problema para que todos vieran ocurrir las cosas tal y como quieren que ocurran,... dejadlos libres para que vivan sus vidas hasta sus más profundos deseos.

Peter Hunt, *The Maps of Time*¹⁴³.

Los aspirantes a viajeros del tiempo anhelan vivir la experiencia de una antigüedad exótica, vivir en tiempos superiores a los actuales, saber lo que de verdad sucedió en la historia, cambiar el presente o el pasado. A las mujeres a las que Cottle entrevistó, tan sólo les habría gustado revivir tiempos felices; a los hombres, eliminar errores pasados o alterar el curso de sus vidas¹⁴⁴. Estas búsquedas hacen resaltar las esperanzas y los sueños, los riesgos y las pesadillas que a menudo evoca el pasado aunque, por lo general, encubiertas o enmudecidas porque se le ve como inaccesible. Una mirada más atenta hacia lo que buscan los viajeros del tiempo nos ofrece una percepción nueva en torno a las reacciones, a veces extremas, frente a la tradición y la innovación que se analizan en los capítulos siguientes.

Los sentimientos intensos caracterizan tanto las metas perseguidas en el pasado como los sacrificios que los viajeros del tiempo parecen dispuestos a hacer. A algunos el instinto que les empuja a volver al pasado les resulta irresistible; como Fausto o el Enoch Soames de Beerbohm, entrarían en tratos con el diablo por el privilegio de volver atrás. «El ferviente deseo de ver, de oír, de moverse entre» la gente del siglo xiv por la que el héroe de du

¹⁴¹ *Devil in Velvet*, p. 9.

¹⁴² *Time and Again*, pp. 48, 65.

¹⁴³ 1983, pp. 91, 123.

¹⁴⁴ Cottle, *Perceiving Time*, p. 55.

Marier llegó a sentirse atraído era tan intensa que éste pondrá en peligro su salud e incluso su vida por culpa sus excursiones hacia el tiempo pasado¹⁴⁵. «El hecho de saber que solamente girando un poco el dial se puede ver y contemplar cualquier cosa, cualquier persona, cualquier lugar que haya existido alguna vez» hace que el observador del pasado «se sienta como un dios»; para volver al siglo xvii como su rico y bien nacido tocayo en la corte de Carlos II, el héroe de Carr parece dispuesto a vender su alma¹⁴⁶.

No todas las visitas de este tipo son tan intensas. Los niveles de contacto imaginario con el ayer son múltiples; se puede vislumbrar la historia desde la seguridad del presente, acceder junto a los habitantes del pasado gracias a la propia invisibilidad, tener un contacto mutuo o llegar a una interferencia activa con las vidas y acontecimientos pasados. El protagonista de du Maurier ve, oye y huele al tiempo que pasea por el Cornualles del siglo xiv, pero no puede ser visto ni interferir en modo alguno; «ocurriera lo que ocurriese no podría hacer nada para prevenir nada¹⁴⁷». Un empresario planea viajes a «la vida diaria en la Antigua Roma, a Miguel Ángel esculpiendo la «Pietà», o a Napoleón dirigiendo el ataque a Marengo»; viajeros audaces pueden visitar a Helena de Troya en su baño o asistir al «encuentro cumbre de Cleopatra con César¹⁴⁸». Los turistas del tiempo esperan descubrir poesía ática o se imaginan un picnic paleozoico. Los viajeros en el Devónico de la novela de Brian Aldiss, se encuentran con que las vacaciones pagadas al pasado están ya saturadas de gente: «Nos vamos al Jurásico. ¿Habéis estado allí?» «Claro, pero he oído que se está empezando a parecer cada año más a un parque de atracciones¹⁴⁹». Otros buscan trofeos del pasado: los cazadores de safari de Sprague de Camp suspiran por traer a casa cabezas de tiranosaurio como prueba de su visita al Cretácico¹⁵⁰. Otros, incluso conciben la idea de llegar a ser personajes famosos en el mito y la historia. Los grados de intervención varían con la intensidad de estos deseos y con los motivos de los viajeros para volver al pasado.

Cinco razones para volver o mirar atrás dominan la literatura de viajes en el tiempo: explicar el pasado, buscar la edad de oro, gozar de lo exótico, cosechar las recompensas del desplazamiento temporal y la presciencia, y rehacer la vida cambiando el pasado.

Explicar el pasado

Saber cómo y por qué sucedieron las cosas es un motivo convincente para ser testigo de los acontecimientos pasados. «La mayoría de los historiadores darían muchísimo» —escribe uno— «por haber tenido la suerte de

¹⁴⁵ *House on the Strans*, p. 241.

¹⁴⁶ Sherred, «E for Effort», p. 123; Carr, *Devil in Velvet*, pp. 13-14.

¹⁴⁷ *House on the Strand*, p. 40.

¹⁴⁸ Laumer, *Great Time Machine Hoax*, p. 35.

¹⁴⁹ Aldiss, *An Age*, p. 18.

¹⁵⁰ «Gun for Dinosaur».

estar de verdad presentes en alguno de los acontecimientos que ellos han descrito¹⁵¹». Verificar los informes de la Batalla de Hastings, oír griego tal y cómo lo hablaban en realidad Homero y Platón fue a lo que más recurrieron los protagonistas de H. G. Wells¹⁵². ¡Imagínese cuántos problemas se ahorrarían los eruditos «si de veras se pudiera ver aquello que tuvo lugar en el pasado, sin tener que deducirlo» de documentos y huellas fragmentarias¹⁵³! Sin embargo, lo que buscan con más denuedo los historiadores de novela son hechos nuevos para resolver viejos dilemas. Uno se imagina «que todas las casas preciosas de la historia están esperando para ser abiertas, exploradas y catalogadas»; uno quiere «estar de pie sobre la muralla de la ciudad de Ur y observar el desbordamiento del Éufrates... para saber cómo se encaja esa historia en el Génesis¹⁵⁴». Contemplar la historia revelando todos sus grandes secretos «hasta llegar a la aurora del tiempo» estimula a los aventureros de Arthur Clarke¹⁵⁵. Otra curiosidad es más explícita:

¡Piensa en los misterios y las preguntas históricas que tú podrías terminar de aclarar! Podrías hablarle a John Wilkes Booth y descubrir si el Ministro de la Guerra Stanton estuvo de verdad detrás del asesinato de Lincoln. Podrías descubrir la identidad de Jack el Destripador... Entrevistar a Lucrecia Borgia y a los que la conocían y determinar si fue la puta venenosa que la gente creía que era. Conocer la identidad de los asesinos de las dos pequeñas princesas en la Torre¹⁵⁶.

Establecer la fecha exacta del cumpleaños de Marco Antonio, fotografiar las pinturas de Corregio en su estudio y grabar «la sonora voz de Sófocles leyendo en voz alta sus propios dramas» son las ambiciones de un viajero del tiempo¹⁵⁷. El historiador de la música de Fred Hoyle aprovecha una oportunidad de ver la Grecia clásica directamente «para acabar con cualquier controversia y discusión en torno a la música antigua¹⁵⁸». Al igual que el inventor del «cronoscopio» de Isaac Asimov, que anhela refutar la calumnia de que los cartagineses inmolaban niños como víctimas en los sacrificios¹⁵⁹, los historiadores deseosos de dar la vuelta a la sabiduría convencional puede que ansíen de una forma especial ver el pasado real.

Volver a visitar el pasado serviría para algo más que confirmar o refutar hechos históricos: daría a la historia una nueva dimensión. Si los historiadores «pudieran remontarse en el tiempo y ver lo que ocurrió y hablar a la gente que vivía entonces» —conjetura un personaje de Simak— «lo entenderían mejor y podrían escribir una historia mejor¹⁶⁰». Un observador que supiera cómo se producen los acontecimientos podría «escribir

historia como ninguno antes lo hubiera hecho, porque estaría escribiendo como testigo, y sin embargo, con la perspectiva de un período diferente». El historiador de ficción de Ward Moore podía «escribir del pasado con la imparcialidad del presente y la exactitud de un testigo visual que supiese específicamente qué es lo que hay que buscar¹⁶¹». En resumen, combinaba la inmediatez con la percepción retrospectiva, una consecución a la que los historiadores han aspirado durante mucho tiempo.

Los orígenes obsesionan a los viajeros del tiempo tanto como a muchos historiadores reales. La obra *On the Origin of Species (Sobre el origen de las especies)* de Darwin dio lugar a visitas ficticias al amanecer de la humanidad. Otros buscaron los orígenes del fuego, de la agricultura, de los lenguajes indoeuropeos, de las conquistas de Alejandro, de los viajes de Colón. Un visitante a un mundo inmortal busca a sus habitantes más viejos, porque «si los primeros entre ellos están aún vivos, es que entonces ¡podrían saber cuál es su origen! ¡Sabrían cómo comenzó¹⁶²!» Esta obsesión refleja el culto generalizado a los orígenes que se trata en el Capítulo 2.

La curiosidad que se suscita en torno a las raíces excita los sueños de regreso a algún episodio o aspecto crucial de los antecedentes de cada uno. Los genealogistas de Simak ayudan a los clientes a hablar con antepasados antiguos o a fotografiarlos; la Cienciología incita a los que se convierten a ella a recordar su experiencia fetal, incluso su concepción¹⁶³. El incesto puede ser una «fuerza que se halla oculta en la predisposición a mirar atrás»: el viajero del tiempo de Moore confiesa «una inclinación a cortejar a mi abuela y a terminar siendo mi propio abuelo¹⁶⁴». Tal y como mostrará el Capítulo 3, un pasado temido aunque seductor suscita a menudo tales analogías.

Más que la pasión por saber nuevas cosas acerca del pasado, tales comentarios reflejan la ingenuidad de la ciencia-ficción sobre la manera en que se conoce el pasado. La mayoría de los aspirantes a viajeros del tiempo parece asumir que la comprensión deriva solamente de la observación hecha en el tiempo en el que las cosas ocurren, y que nosotros carecemos de intuición real sobre los acontecimientos pasados. Pasan por alto el valor de la retrospectión, minimizan la importancia de la percepción a posteriori, y viajan hacia atrás para ver el pasado tal y como si fuera el presente, porque para ellos, las cosas sólo se pueden explicar desde el presente.

En busca de la edad de oro

Reflejando los gustos de sus lectores, la mayor parte de la ciencia-ficción muestra un mundo que era un lugar mejor. Algunos admiran todas las épocas; «a través de las perspectivas de los años, todas las épocas parecen atrac-

¹⁵¹ Tillinghast, *Specious Past*, p. 171.

¹⁵² *Time Machine*, p. 11.

¹⁵³ A. C. Clarke, «Time's Arrow», p. 139.

¹⁵⁴ Tucker, *Year of the Quiet Sun*, p. 107.

¹⁵⁵ «Time's Arrow», p. 143.

¹⁵⁶ Farmer, *To Your Scattered Bodies Go*, p. 44.

¹⁵⁷ Tucker, *Lincoln Hunters*, p. 112.

¹⁵⁸ *October the First Is Too Late*, p. 96.

¹⁵⁹ «Dead past», p. 25.

¹⁶⁰ *Catface*, p. 54.

¹⁶¹ *Bring the Jubilee*, pp. 159-60, 169.

¹⁶² Lafferty, «Nine hundred grandmothers», p. 10.

¹⁶³ Simak, *Catface*, p. 163; Hubbard, *Dianetics*, pp. 266-8.

¹⁶⁴ Aldiss, *An Age*, p. 33; Moore, *Bring the Jubilee*, p. 164.

tivas menos la nuestra; otros encuentran cualquier fecha anterior «mucho más aceptable que sus propios tiempos, organizados de forma tan estricta¹⁶⁵». Otros se imaginan un mundo lujoso, verde e impoluto rebosante de plantas y animales, ocupado —aunque sólo levemente— por la humanidad, «el tiempo anterior a la llegada del hombre blanco, cuando sólo había indios» —dice un personaje de Simak— o «antes de que hubiera ningún hombre en absoluto¹⁶⁶». Al líder de la expedición de Philip José Farmer, el mundo prehistórico del 15.000 a. C. le parecía paradisiaco; «un número extraordinariamente pequeño de hombres y una gran abundancia de vida salvaje;... así es como tendría que ser el mundo¹⁶⁷». La prehistoria virgen les ofrece a los pioneros un mundo nuevo completo: «Dadnos el Mioceno; queremos una nueva oportunidad» —gritan los habitantes del ghetto de Simak¹⁶⁸—.

Algunos optan por un pasado más reciente, la era familiar y aún intacta de su temprana infancia o juventud. «Los tranquilos años cincuenta (son) el tiempo más temprano al que me atrevería a ir sin sacrificar las comodidades culturales que deseo. Y es que son de verdad un momento mágico», aún idealistas pero ya cargados del futuro en desarrollo¹⁶⁹. La comunidad utópica de los años cuarenta de Mary McCarthy elige un lugar «detenido en el momento mágico de la fecha promedio del nacimiento (de sus componentes)... cuarenta años antes, y... en una fase de la mecanización a la cual los colonos querían regresar»; viejas escobas en lugar de aspiradoras, fresqueras en lugar de frigoríficos. Los edificios y los muebles de 1910 «les transportaban al pasado, a la edad de su inocencia, al amanecer de la memoria¹⁷⁰».

Otros, en especial los ruralistas nostálgicos prefieren el pasado de los abuelos o los bisabuelos. Trazando líneas sobre viejos mapas del Estado Mayor en torno a las zonas de Gran Bretaña que ahora son industriales o sórdidas —Dagenham, norte de Cardiff, gran parte de Manchester—, el joven protagonista de Hunt las vuelve a convertir en campo, borrando la «inmundicia y miseria», para volver a dejar las cosas tal y como eran en 1860: «Puras. Limpias¹⁷¹». La última parte del siglo XIX fue todo menos perfecta —piensa un héroe de Finney; sin embargo «el aire estaba aún limpio. Los ríos corrían frescos, tal y como lo habían hecho desde el principio

¹⁶⁵ Bester, «Hobson's choice», pp. 147-8; Tucker, *Lincoln Hunters*, p. 43.

¹⁶⁶ *Catface*, p. 54.

¹⁶⁷ *Time's Last Gift*, pp. 79, 137. Muchos aficionados a la historia viva muestran una nostalgia parecida. Los aproximadamente mil Hombres Americanos de las Montañas, que «reviven» periódicamente (y con dificultad) las condiciones de la frontera entre el 1800 y el 1840, reclutan solamente a «hombres que quieran dar marcha atrás en el tiempo,... para vivir la vida como se supone que la vivía el hombre, un Individuo Libre, un verdadero Hijo de las Tierras Vírgenes» (Material de los miembros de HAM (AMM), citado en Jay Anderson, *Time Machines: The World of Living History*, pp. 160, 208.)

¹⁶⁸ *Catface*, p. 241.

¹⁶⁹ Gerrold, *Man Who Folded Himself*, p. 122.

¹⁷⁰ *Oasis*, pp. 42-3.

¹⁷¹ *Maps of Time*, pp. 58, 123. Kingsley Amis descubrió que la nostalgia rural era «muy poco frecuente» en la ciencia-ficción británica (*New Maps of Hell* [1961], p. 74), pero parece que hoy es tan frecuente como al otro lado del Atlántico.

de los tiempos. Además, la primera de las terribles guerras corruptoras quedaba aún muchas décadas por delante¹⁷²». En *Berkeley Square*, las calles tranquilas, el aire limpio de polución, y las sillas de manos de 1784 hacen que los taxis y el bullicio tan eficiente de 1928 parezca ruidoso y feo¹⁷³.

Ya sea reciente o remoto, el anhelado pasado ofrece unos rasgos bastante similares: natural, simple, cómodo aunque también intenso y excitante. «La existencia moderna, vieja y gris,» tiene poco que ofrecerle al héroe de Robin Carson, en comparación con «la nueva opulencia llena de color» de la Venecia del Renacimiento¹⁷⁴. Un visitante que «se convierte» en Ciro en la antigua Persia piensa que la guerra antigua es más divertida que las trincheras modernas¹⁷⁵. El mundo del siglo XIV era cruel, duro y muy a menudo sangriento, y así era la gente que vivía en él —enseña el protagonista de du Maurier— «pero, ¡Dios mío! para mí tenía una fascinación de la que carece mi propio mundo de hoy¹⁷⁶». Lo que William Morris esperaba experimentar si aterriza en el siglo XIV, era la «pura abundancia» y la «lentitud de la vida» de la vieja Inglaterra junto con «su fría aceptación de la rudeza y de la violencia¹⁷⁷». Los primeros romanos rara vez vivían mucho tiempo, admite un visitante que ha regresado, «pero mientras vivían, vivían¹⁷⁸». Al viajero del tiempo de Finney, los rostros de hoy le parecen «mucho más parecidos entre sí y mucho menos vivos»; «también había *excitación* en las calles de Nueva York en 1882». La gente de aquel entonces «llevaba consigo la idea de hacer algo... ¡por Dios, no estaban aburridos!... Aquellos hombres guiaban su vida con la certeza incuestionable de que había una razón por la que vivir... Los rostros no tienen esa apariencia en la actualidad¹⁷⁹».

La edad de oro que vuelven a visitar los viajeros del tiempo naturalmente guarda poca relación con ningún tiempo que haya existido nunca; al igual que otros nostálgicos, ellos crean a partir de su infancia un pasado despojado de responsabilidades y un paisaje imaginario, investido de todo lo que piensan que falta en el mundo moderno.

Autoengrandecimiento

Aquellos que visitan el pasado a menudo se imaginan que la avanzada tecnología unida a la presciencia les ofrece una ventaja inestimable; el moderno «saber-cómo-hacer-las-cosas» les hará poderosos, famosos o ricos. En la Inglaterra medieval, el Hank de Twain espera «dominar el país

¹⁷² *Time and Again*, p. 398.

¹⁷³ Balderstone, *Berkeley Square*, pp. 37-8. Sin embargo, en *Sense of the Past* de Henry James —de la que esa obra es adaptación— el presente (1910) es superior en lo que se refiere al medio ambiente.

¹⁷⁴ *Pawn of Time*, p. 437.

¹⁷⁵ Poul Anderson, *Guardians of Time*, p. 68.

¹⁷⁶ *House in the Strand*, p. 267.

¹⁷⁷ «Hopes of civilisation» (1885), p. 62.

¹⁷⁸ Merwin, *Three Faces of Time*, p. 33.

¹⁷⁹ *Time and Again*, pp. 218-19.

entero en tres meses; porque creo que tendría en mis manos la ventaja de ser el hombre más culto del reino por una cuestión de mil trescientos años». Estar en el siglo VI realza inmensamente sus previsiones:

No lo habría cambiado por el xx. Mira las oportunidades que hay aquí para un hombre culto, cerebral, valiente y emprendedor para comenzar con energía y crecer con el país. El territorio más grande que haya habido jamás y todo mío, sin un competidor. No existe ningún hombre que no fuese un bebé para mí en cuanto a logros y capacidades; mientras que ¿hasta dónde podría ascender en el siglo xx? Tendría que ser capataz de una fábrica, y eso es todo¹⁸⁰.

Otro soñador supone que «todos los tesoros del pasado recaerían en un hombre que tuviera una ametralladora. Cleopatra y Helena de Troya podrían compartir su lecho si éste les sobornara con un cofre de cosméticos modernos¹⁸¹».

La presciencia es también fascinante porque nos ofrece un pasado que está completo, incluso que ha sido completado por nosotros mismos. Al revés que ocurre en el inseguro presente, ese pasado está ordenado de una manera segura, sus placeres están probados y examinados, sus peligros ya han sido tratados. Volver a visitar el pasado es estar en una obra cuyo argumento sólo conocemos nosotros. «Viendo cómo los viejos se quedan boquiabiertos, mientras que la gente que está cuarenta años por delante juega con ellos y se les da el tratamiento de sabelotodo» —comenta Russell Baker— «eres como una persona jugando al póquer con una baraja marcada¹⁸²». Como visitantes invitados a «pasar el mejor rato de su vida» con los habitantes simulados de la Plantación Plimoth de 1627, el viajero del tiempo se hace superior a expensas de los habitantes reales del pasado.

En su manera de aprovecharse de ser moderno, los viajeros del tiempo se parecen a los historiadores, para quienes la percepción retrospectiva es tan ineludible como penetrante. Sin embargo, mientras el historiador evita juicios anacrónicos, el viajero del tiempo no sólo juzga el pasado sino que usa la presciencia para manipular sus resultados.

Cambiar el pasado

El pasado, como sabemos, es en parte un producto del presente; nosotros continuamente damos nueva forma a la memoria, reescribimos la historia, rehacemos las reliquias. El carácter y las razones para tales cambios se estudian en los Capítulos 5 y 6. Revisar lo que de verdad ocurrió, como si fuera algo diferente de nuestras ideas y sus huellas, es imposible y, sin embargo, se desea ardientemente. Son tres los motivos principales que mueven a los aspirantes a viajeros del tiempo a falsificar la historia: mejo-

¹⁸⁰ *Connecticut Yankee in King Arthur's Court*, pp. 25, 63-4.

¹⁸¹ Niven, «Theory and practice of time travel», p. 123.

¹⁸² «Time-warped power», *IHT*, 30 de octubre de 1981, p. 16.

rar el pasado mismo o la parte de éste que les corresponde a los que viven en él; mejorar las circunstancias presentes cambiando lo que nos ha llevado hasta ellas; y asegurar la estabilidad del presente alterando (o protegiendo) el pasado para evitar las interferencias que otros puedan llevar a cabo.

Por lo general, la fe en el progreso está implícita en los deseos de mejorar el pasado. La ignorancia y la superstición, el analfabetismo y la irreflexión propios de la Inglaterra artúrica le asombran al arquetípico reformador de Twain, que se propuso hacer la vida más segura, más feliz y más larga, a través de la tecnología científica. La misión civilizadora de Hank prevé «la destrucción del trono; la abolición de la nobleza, previa vinculación de cada uno de sus miembros a algún oficio útil; la institución del sufragio universal, y el paso del gobierno entero a manos de los hombres y mujeres de la nación». En tres años, Inglaterra sería democrática y próspera: «Escuelas por todas partes y algunas universidades; un buen número de periódicos bastante buenos... La esclavitud estaba muerta y acabada; todos los hombres eran iguales ante la ley... El telégrafo, el teléfono, el fonógrafo, la máquina de escribir, la máquina de coser, y todos los miles de empleados del vapor y la electricidad, voluntariosos y prácticos, trabajarían a su manera en favor de todo esto¹⁸³».

Otros buscan mejoras análogas. Los aventureros de Rider Haggard que fueron a la prehistoria inventaron el fuego y salvaron a su tribu del hambre¹⁸⁴. Para prevenir la caída del Imperio Romano, el presciente enviado de William Golding le ofrece al César un barco de vapor, la pólvora y la imprenta, pero todo funciona mal y presagia el desastre; el único instrumento moderno que el emperador-gourmet aprueba es una olla a presión¹⁸⁵. Un reformador de Sprague de Camp importa los números arábigos, los periódicos, la telegrafía, la destilación de alcohol, la contabilidad por partida doble y las colleras de armazón para los caballos en la Italia del siglo VI, en un esfuerzo por salvar a Europa de la regresión medieval; otro introducirá antisépticos y electricidad en la Florencia de los Médicis¹⁸⁶.

Otros, mejoran el pasado interviniendo en acontecimientos cruciales. Para evitar los «errores» que destruyeron Roma y corrompieron a los bárbaros, un viajero del tiempo unirá a los sajones y a los romanos del siglo V bajo una forma de Cristiandad «que educará y civilizará a los hombres sin poner trabas a sus mentes¹⁸⁷». Para prevenir la emboscada de las fuerzas de Carlomagno en Roncesvalles en el 778, los personajes de R. A. Lafferty se anticipan a la ruptura de relaciones con el Islam español y así ahorran a la Europa Cristiana siglos de aislamiento cultural¹⁸⁸. Horrorizado por el destino inminente de la reina María Estuardo, la heroína de Uttley espera

¹⁸³ *Connecticut Yankee*, pp. 79, 277, 359, 361.

¹⁸⁴ *Allan and the Ice-Gods*.

¹⁸⁵ «Envoy Extraordinary».

¹⁸⁶ Sprague de Camp, *Lest Darkness Fall*; Wellman, *Twice in Time*. Ver Shippey, «History in SF», p. 283.

¹⁸⁷ Anderson, *Guardians of Time*, p. 46.

¹⁸⁸ «Thus we frustrate Charlemagne», pp. 172-3.

«atrasar el reloj del tiempo y salvarla¹⁸⁹». El hecho de mejorar el pasado tan sólo a veces es altruista: perfeccionando las condiciones históricas, los viajeros del tiempo también mejoran las suyas propias. Uno hace avanzar la cultura de la Edad de Piedra enseñando a la gente «a pescar, y por eso pude comer pescado; a criar vacas, y de esa forma pude comer filetes; más tarde, a pintar cuadros que pude admirar y a hacer música para que yo la escuchara»; un norteamericano que sentía náuseas por las matanzas de las luchas de gladiadores en la antigua Roma planea reemplazarlas por el rugby que es menos sanguinario¹⁹⁰.

El motivo más convincente para cambiar el pasado es cambiar el presente, evitar la catástrofe global, asegurar la hegemonía nacional, conseguir fama y fortuna personal. Las ansias por subsanar un error, por reparar una pérdida o impedir una tragedia, mueven a la acción a muchos viajeros del tiempo. Uno rescatará retroactivamente a su novia de un bombardeo, otro se afanará por salvar a su esposa del siglo xvii de ser envenenada, y un tercero eliminará a un rival enviándole al pasado como prisionero de unos bucaneros del siglo xvii¹⁹¹. Otros vuelven al pasado para evitar que sus enemigos presentes nazcan o para hacerse millonarios invirtiendo dinero de modo retroactivo para su futuro¹⁹². A otros, son sus intereses más amplios por el futuro los que les animan a cambiar el pasado. El inventor de un aparato para ver el tiempo pretende alertar al público de los males de la agresión nacionalista, y con ello evitar la guerra nuclear, filmando los engaños practicados por dirigentes perversos a través de la historia¹⁹³. Para acabar con el comunismo soviético y su nacimiento, se envía a un soldado estadounidense durante la Guerra Fría a que asesine a Lenin en 1917¹⁹⁴.

Asegurar el presente que ahora tenemos es el tercer objetivo para cambiar el pasado. En una historia de Poul Anderson, Kublai Khan ha descubierto América en el siglo xiii y amenaza con cambiar el curso de la historia conquistando el hemisferio; «nuestro propio mundo no existiría, no habría existido nunca». Destrozando los caballos y los barcos de la expedición, la «patrulla del tiempo» de Anderson se asegura de que los invasores sean asimilados sin que se note en las poblaciones esquimales e indias, conservando así el presente tal y como lo conocemos¹⁹⁵. Descubriendo Nueva York en 1960 llena de blancos braquicéfalos vestidos con kilts, mezclados con indios y usando automóviles a vapor», otra patrulla del tiempo descubre que la interferencia previa en el conflicto entre Escipión y Aníbal ha cambiado toda la historia posterior y retorna al pasado para

¹⁸⁹ *Traveller in Time*, p. 108.

¹⁹⁰ Laumer, *Great Time Machine Hoax*, p. 198; *Three Faces of Time*, p. 140.

¹⁹¹ Andersson, *Guardians of Time*, pp. 41-5; Carr, *Devil in Velvet*; Hubbard, *Typewriter in the Sky*.

¹⁹² Reynolds, «Compounded Interest»; Henry Harrison, *Rebel in Time*. Como muchas de las ideas de la ciencia ficción, el origen de ésta reside en el *Time Machine* de Wells, (p. 11).

¹⁹³ Sherred, «E for effort».

¹⁹⁴ Seabury, «Histronaut». Tendrá éxito pero al regresar a 1968 encontrará Washington ocupado por fuerzas alemanas.

¹⁹⁵ *Guardians of Time*, p. 102.

hacer que aquella batalla se luche de nuevo de tal forma que la historia ocurra como debe¹⁹⁶. Otro conservacionista vuelve a los años cincuenta del siglo xix a evitar un despliegue de armas modernas de los fanáticos racistas del sur que cambiaría el resultado de la Guerra Civil¹⁹⁷. Un aspirante del siglo xx a ser testigo de la Crucifixión toma el papel del Mesías cuando se da cuenta de que el Jesús real no se iba a dejar matar, porque él quería que los acontecimientos que tenían que ocurrir se hicieran realidad. Quería que el Nuevo Testamento fuera cierto¹⁹⁸. Los fundamentalistas de *Catface* quieren prohibir los viajes al tiempo de Jesús, no sea que «una prueba retroactiva... destruya la fe que se ha construido a través de los siglos¹⁹⁹». Esos miedos reflejan un temor mayor, tal y como veremos, a saber, que habría sido mejor que mucho de lo que permanece oculto en el cementerio del pasado hubiera seguido enterrado allí para siempre.

Cambiar el pasado es, sin embargo, un objetivo prioritario. Existe un contraste notable entre la historia que podemos tener y la historia que podríamos querer. Sin duda, conocemos y dependemos del hecho de que lo que ha ocurrido es fijo e irrevocable; sin embargo, esto no evita que deseemos que pudiera ser de otra manera²⁰⁰. El deseo de alterar lo que ha ocurrido es una reacción corriente aunque inútil a un dilema que nos enfrenta a todos: los acontecimientos pasados nos han determinado a nosotros mismos y al mundo a ser como somos; con todo, sabemos que estos acontecimientos no estaban decididos con antelación sino que simplemente eran contingentes, que los sucesos podrían haberse producido de otro modo. Partiendo de lo que podría haber sido, fantaseamos yendo al pasado para hacerlo así.

Todos estos motivos de los viajeros del tiempo tienen relación con los intereses que caracterizan las más comunes vinculaciones al pasado que se discutirán en el capítulo siguiente. Sin embargo, de la misma forma que los deseos de los viajeros del tiempo son intensos, también son graves los peligros subsiguientes, que suponen riesgos no sólo para ellos mismos sino para el cosmos. ¿Cuáles son sus consecuencias?

LOS RIESGOS DE VOLVER A VISITAR EL PASADO

La devoción por el pasado es una de las formas más desastrosas de amor no correspondido.

Susan Sontag, «Unguided tour»²⁰¹.

¿Piensas que *podrías* volver al pasado? ¿Cómo sería la experiencia? ¿Cuáles serían las consecuencias? Incluso aquellos que se sienten atraídos por las recompensas del viaje a través del tiempo tienen dudas sobre sus

¹⁹⁶ *Ibid.*, pp. 120-60.

¹⁹⁷ Harrison, *Rebel in Time*.

¹⁹⁸ Moorcock, *Behold the Man*, p. 37.

¹⁹⁹ Simak, p. 190.

²⁰⁰ Anscombe, «Reality of the past», pp. 47-8.

²⁰¹ *News Yorker*. 31 de octubre de 1977, p. 40.

resultados. Los aventureros más optimistas a menudo piensan que los peligros o los desencantos que da el pasado son más grandes que sus supuestos beneficios. Como se verá, tales reflexiones muestran sentimientos muy extendidos, aunque pocas veces expresados, en torno a los riesgos inherentes al pasado.

Cuatro desventajas potenciales que se citan a menudo son: el desencanto respecto del pasado, la falta de destreza para hacer frente a sus circunstancias, el peligro de quedar abandonado en él, y el posible daño al tejido del pasado y del presente.

El pasado desilusiona

La historia y la memoria le dan fama al pasado de una forma tan rutinaria que no sería una sorpresa ver la realidad como algo que desilusiona. «Ya he visto bastante de la depresión» —dice el amargado inventor de una máquina del tiempo que sólo puede llevarlo hasta los años treinta—; «no quiero gastar mi vejez viendo cómo la gente vende manzanas²⁰²». La vida real confirma lo molestos que pueden llegar a ser esos retornos. Una reciente visita nostálgica al Lower East de New York desilusionó tremendamente a sus antiguos residentes, a algunos porque reconocían demasiado poco, a otros porque reconocían demasiado; lo único que querían todos era dejar el lugar tan pronto como fuera posible²⁰³. Incluso el pasado reciente puede convertirse en una triste revelación. Paseando por la acampada hippie en los ritos del solsticio en Stonehenge en 1981 «me sentí como caminando hacia atrás en el tiempo» —escribía un reportero—. «He vuelto a los Sesenta,... y apestan²⁰⁴».

Que el pasado apesta de forma literal es una lección que muchos viajeros del tiempo aprenderían pronto. Un aventurero disgustado con el Imperio Romano señala que «ninguna restauración incluía toda la suciedad y toda la enfermedad, todos los insultos y altercados» del pasado²⁰⁵. Viendo las raídas botas y el desgastado abrigo de un soldado de Cromwell, el aspecto embarrado de una ciudad del siglo xvii, el héroe de Robert Westall se da cuenta de que no está en un pasado reconstruido sino en el real: «Ya te puedes olvidar de la Alegre Inglaterra... Estas casas estaban diseminadas a lo largo de un camino cenagoso, y no sólo no tenían antenas de

²⁰² Gross, «Good Provider», p. 170.

²⁰³ Richard F. Shepard, «About New York: old neighborhoods visited mainly in memory», *N. Y. Times*, 18 de agosto de 1977, p. B15. Como contraste, una visita a la Granja de Historia Viviente de 1900 de Iowa le hizo a la gente romper a llorar de nostalgia (Jay Anderson, *Time Machines*, pp. 80-1).

²⁰⁴ Stanley Reynolds, «Stoned henge», *Sunday Times*, 28 de junio de 1981, p. 35. En el capítulo 6 veremos que tal reacción deleitaría a aquellos conservadores de los lugares históricos que buscan el auténtico aroma del pasado. Una característica de la incómoda verosimilitud manchada de estiércol de la Plantación Plimoth es que «después de un día allí, te hace anhelar el siglo xx» (Anderson, *Time Machines*, p. 52).

²⁰⁵ Sprague de Camp, *Lest Darkness Fall*, pp. 13-14.

televisión sobre las chimeneas sino que la mayor parte no tenía ni chimeneas... La techumbre de paja daba sensación de vieja, negra y mohosa, la madera que formaba la estructura de las paredes estaba combada y podrida, y los hombres no eran más que unos jodidos enanos²⁰⁶». Ni siquiera los supuestos encantos del ayer les resultarían en sí mismos aceptables a sus habitantes originales. «Si le dijeras al Señor George Washington las razones por las que te gusta su época» —se le advierte a un aspirante a viajero del tiempo— «probablemente nombrarías todas las cosas que él odia²⁰⁷».

Los encuentros con personajes históricos famosos, cuya aura se ve desinflada por la monótona realidad, resultan también decepcionantes. Los observadores del tiempo de Lafferty sienten asco por «el griego tan bárbaro —propio de la costa norte—» que hablaba Aristóteles y por la pomada de grasa de oso de Tristán e Isolda; piensan que la agudeza de Voltaire es un «cloqueo» y Nell Gwynn «un bocado sin sabor alguno»; escuchando el habla de Safo piensan que el mundo es afortunado «porque no han sobrevivido muchas de sus palabras²⁰⁸». Laumer describe a un Guillermo el Conquistador de mediana edad, barrigudo, con unos calzones de pésimo gusto, con la parte superior de la armadura llena de motas de óxido y una capa de piel apollillada, bostezando y eructando al tiempo que oía las noticias de la batalla de Hastings²⁰⁹.

Los modernos pierden en el pasado las comodidades de su propio tiempo. La fama y la fortuna en la Venecia del Renacimiento no apagan la nostalgia inversa de un viajero del tiempo al que ésta «le vino de forma feroz y arrebatadora con un fragmento de música que recordaba, con el deseo de un pitillo y con el recuerdo de las mujeres de su época²¹⁰». Una chica inglesa en la Antigua Roma se mortifica con el mero pensamiento de que posiblemente tendría que esperar quince siglos para tomar una taza de té²¹¹. El Ralph Pendrel de Henry James, al principio enamorado del pasado, acaba esforzándose por volver a «todas las maravillas y esplendores» de su propio mundo moderno, «del cual sólo ahora puede percibir su madurez, riqueza, atracción y civilización: su perfección virtual sin un defecto²¹²».

Incapacidad para enfrentarse con el pasado

El conocimiento moderno podría muy bien resultar un obstáculo más que un camino de rosas hacia el éxito en el pasado. La carencia de preparación cultural, de datos más precisos y de técnicas para hacer las cosas por uno mismo harían de gran parte de la tecnología actual algo inútil. Pocos modernos podrían dominar rápidamente las técnicas de una era an-

²⁰⁶ Westall, *Devil on the Road*, p. 156.

²⁰⁷ Bester, «Hobson's choice», p. 146.

²⁰⁸ «Thought other eyes», pp. 282-4.

²⁰⁹ *Great Time Machine Hoax*, pp. 36-7.

²¹⁰ Carson, *Pawn of Time*, p. 57.

²¹¹ Merwin, *Three Faces of Time*, p. 13.

²¹² *Sense of the Past*, pp. 337-8.

terior, incluso si consiguen escapar del cólera, la viruela, las horcas y la esclavitud. El Hombre que Llegó Temprano («The Man Who Came Early») carece del primitivo «saber-cómo-hacer-las-cosas» necesario para sobrevivir en la Islandia del siglo x; el visitante a Londres en 1655 de Richard Cowper muere de peste antes de poder reparar su máquina del tiempo averiada; el Yanki de Connecticut acaba siendo víctima de su propia ingenuidad científica²¹³. Las innovaciones heréticas pueden resultar fatales: no es extraño que la visitante a Llandudno en 1723 de Laumer sea quemada como bruja por defender el control de la natalidad, el evolucionismo y el psicoanálisis²¹⁴.

Innumerables, incommensurables diferencias respecto del presente agravan los riesgos de volver a visitar el pasado. «¿Cuánto se puede aprender en un medio absolutamente diferente» —pregunta Anderson— «si apenas se puede hablar una palabra y se está expuesto a ser arrestado bajo sospecha antes de que se pueda conseguir trocar las ropas propias por ropas de la época²¹⁵?» La instrucción más escrupulosa en el lenguaje y las costumbres del pasado no puede compensar la ausencia de gran cantidad de recuerdos compartidos. Estando en 1820, al Ralph Pendrel de James le pillan una y otra vez porque no tiene ningún recuerdo de los detalles íntimos de la familia y del vecindario. Su conocimiento «de aquel «período», casi lo más exacto posible... y, sin embargo, tan equivocado en lo íntimo y en lo secreto», no puede nunca corresponderse con el de las personas que vivían entonces, ya que las dudas y omisiones de él pertenecen a su pasado, las de ellos a su futuro; cualquier cosa que él hace o dice le traiciona, incluso abrir su boca mostrando unos dientes bien cuidados «sin parangón en una época tan desdentada como aquella». Una cosa es «vivir en el Pasado» con el espíritu entero, con todo el candor de la confianza y la confianza del candor, que él habría tenido entonces de forma natural —concluye James— «y otra cosa totalmente distinta, verse a sí mismo viviendo en él sin esas ayudas frente a lo que pueda ocurrir, sin esas determinaciones de relación y sin que esos instintos correctos sean los preponderantes²¹⁶».

El mero acto de moverse hacia atrás en el tiempo podría tener consecuencias letales si la fantasía se hiciese realidad. Repitiendo el pasado como si fuera su presente, como se refiere en el capítulo 6, algunos de los que reconstruyen la historia experimentan a la vez terror y gozo frente a la deformación del tiempo. Una joven inglesa que creía en su comunión con un hombre del siglo xvi a través de una tabla Ouija, se obsesionó tanto con él que se suicidó, «para que podamos volver atrás y vivir como solíamos hacerlo²¹⁷».

²¹³ Anderson, «Man who came early»; Cowper, «Hertford Manuscript».

²¹⁴ *Dinosaur Beach*, p. 100. Como escribe Wells, «Nuestros antepasados no tiene demasiada tolerancia con los anacronismos» (*Time Machine*, p. 11).

²¹⁵ *There Will Be Time*, p. 46.

²¹⁶ «Notes for *The Sense of the Past*», pp. 295-6, 301. El historiador puede adquirir ese candor y esa confianza solamente en su propia época (Wedgwood, «Sense of the Past», pp. 40-1).

²¹⁷ «Mother killed by train «was obsessed», *The Times*, 24 de abril de 1981, p. 4.

Los problemas del regreso al presente

Entre otros peligros del pasado, algunos viajeros del tiempo tienen miedo de quedarse allí exiliados para siempre. El terror a no poder volver, «el horror... de estar en el pasado para quedarse, desgraciadamente para quedarse y no llegar a conocer nunca más su propio y precioso Presente», corroe la alegría de Ralph Pendrel en 1820 y estropea el objetivo de sus visitas allí²¹⁸. El guionista de la novela de Hubbard no logra escapar de los bucaneros cuando oye el diabólico martilleo de la máquina de escribir que le mantiene atrapado en el siglo xvii²¹⁹. Cambiar el pasado puede hacer imposible el regreso al presente. Un viajero que retorna hasta la batalla de Gettysburg asegura que el Sur perderá la Guerra Civil pero asesina sin darse cuenta al abuelo potencial del inventor de la máquina del tiempo, quedándose por ello aislado en el siglo xix²²⁰.

La vuelta no les servirá a otros más que para sentir que vivir en el pasado les ha incapacitado para el presente o para descubrir que en el mundo moderno no se puede vivir. La intensidad de la experiencia del siglo xiv aliena del monótono presente al protagonista de du Maurier. Los años gastados en la Venecia del siglo xvi incapacitan para la América del siglo xx al héroe de Carson; regresando «con un cráneo lleno de recuerdos exasperantes... ni siquiera podría ser apto como profesor agregado de historia del Renacimiento en la universidad²²¹». La desilusión con el presente podría inducir a una desastrosa adicción a ese pasado visitable; dedicada a escaparse de su propio tiempo, la civilización avanzada pero nostálgica de Aldiss es un paradigma de experiencia turística moderna²²². En una historia de Alfred Bester, los «cadáveres del tiempo», insatisfechos a perpetuidad, que «vagan a través de los siglos... buscando la Edad de Oro», se parecen a los aficionados norteamericanos a la «historia viva» que de vez en cuando cambian viejos personajes históricos por otros nuevos²²³. La gente que consigue máquinas del tiempo en el siglo xxi de Finney, un siglo condenado de antemano, se dedica simplemente a estar en el pasado; aunque, por último, la mayor parte de la población se va hacia el ayer y se dispersa por los dos o tres milenios precedentes, dejando un mundo futuro vacío de todo excepto de pájaros, insectos y armas oxidadas²²⁴.

²¹⁸ James, «Notes for *The Sense of the Past*», p. 294. Margarita Laski evoca el terror muy vivamente en su *Victorian Chaise Longue*, cuya moderna protagonista tuberculosa se descubre a sí misma en 1864, incapaz de regresar a su propio tiempo, más avanzado médicamente.

²¹⁹ *Typewriter in the Sky*, pp. 70, 75, 95.

²²⁰ Moore, *Bring the Jubilee*.

²²¹ *Pawn of Time*, p. 433.

²²² *An Age*.

²²³ «Hobson's choice», p. 146; Jay Anderson, *Time Machines*, p. 189; Aquellos que cambian sus «impresiones» a menudo venden viejos disfraces; un «mercachifle (de batallas reconstruidas) se ha dedicado incluso al negocio de reciclar ropas hechas a mano auténticas del período quitadas a los rendidos».

²²⁴ «Such interesting neighbours», pp. 16-18.

La interferencia entraña riesgos para el propio pasado. Fritz Leiber piensa que al igual que la restauración histórica, el viaje en el tiempo tiende a hacer al pasado poco convincente y artificial, y puede que algún día acabe de desgastarlo por completo; el tejido de la historia no puede más que oponerse a tanto cambio. «Cada operación deja a la realidad un poco más cruda, un poco más fea, un poco más provisional, y muchísimo menos rica en aquellos detalles y sentimientos que son nuestro patrimonio²²⁵».

Lo cierto es que la alteración más leve del pasado —una mota de polvo mal colocada— puede poner en peligro todo lo que sigue. «La pisada de tu pie, sobre un ratón, podría dar comienzo a un terremoto, cuyos efectos podrían sacudir nuestra tierra y nuestros destinos a través del Tiempo», advierte el jefe del safari de Bradbury²²⁶. Uno podría hasta borrarse a sí mismo. Dejar de hacer algún acto previo lleva a la autoaniquilación si uno de nuestros antepasados perece en el proceso. «Si alguna vez comenzásemos a volver sobre nuestros pasos para tratar de reparar nuestros propios pasados, estaríamos pronto tan enredados que ninguno de nosotros existiría²²⁷». Los viajeros del tiempo toman precauciones para minimizar tales riesgos: no interferir en el curso de los acontecimientos, no levantar la sospecha de que vienen de una época posterior, no dejar por ahí objetos modernos. Otros restringen el viaje a la remota prehistoria para permitir que haya el tiempo suficiente para que sus modernos artefactos se descompongan. Las máquinas de Sprague de Camp solamente visitan épocas anteriores al año 100.000 a. C.; los cazadores del safari jurásico de Bradbury matan únicamente animales preseleccionados que de todas formas iban a morir por causas naturales en el espacio de unos pocos minutos; la colonia de repoblación de Simak para pobres de las ciudades actuales está bastante alejada en el tiempo para evitar la colisión con humanos posteriores²²⁸.

Algunos aspirantes a viajeros dudan de que tales impactos pudieran alterar el pasado de modo significativo. El tiempo es un río en el que ocurren billones de acontecimientos; los individuos sólo pueden afectar a algunos de éstos. «No se pueden borrar las conquistas de Alejandro lanzando al aire un guijarro neolítico», ni «extirpar América arrancando un brote de grano sumerio²²⁹». De modo similar, «si yo volviera a... la Edad Media y disparase a uno de los antepasados holandeses de Franklin Delano Roosevelt, él nacería a pesar de todo a finales del siglo XIX, porque él y sus genes fueron el resultado de todo el universo de cosas que rodeaban a sus antepasados²³⁰». Al héroe de Carr, todos sus recursos y detallada prescien-

²²⁵ *The Big Time*, p. 63. Ver también Laumer, *Dinosaur Beach*, pp. 19-20, 136.

²²⁶ «A sound of thunder», pp. 77. Ver Finney, *Time and Again*, p. 73.

²²⁷ Anderson, *Guardians of Time*, p. 52.

²²⁸ Sprague de Camp, «Gun for dinosaur», Bradbury, «Sound of Thunder», p. 78; Simak, *Catface*, pp. 241-51.

²²⁹ Leiber, «Try and change the past», p. 94. Ver Finney, *Time and Again*, p. 140.

²³⁰ Anderson, *Guardians of Time*, p. 130.

cia del siglo XX no le van a bastar para cambiar el pasado; «podría alterar aquí y allá algún pequeño detalle insignificante; (pero) el resultado final sería exactamente el mismo²³¹». El viajero de Finney discute con un hombre de los años ochenta del siglo XIX, pero se convence a sí mismo de que «yo realmente no había interferido en el pasado; de todas formas, algo por el estilo habría ocurrido más tarde o más temprano implicando a algún otro si yo no hubiera estado allí²³²». De hecho, no se puede cambiar nada —insiste Larry Niven—. «No puedes matar a tu abuelo porque *no lo hiciste*. Si lo intentas, matarás al hombre equivocado; o tu pistola no disparará²³³».

Otros sostienen que el presente conocido incluye ya los efectos de cualquier intervención temporal. «Si el viaje en el tiempo fuera a provocar muchos cambios, es que ya los había creado» —dice un personaje de Farmer—. No había «duda de su interferencia a la hora de cambiar el curso de los acontecimientos... Cualquier cosa que fuera a hacer ya se había hecho; los acontecimientos y las vidas se habían determinado antes de que él naciera incluso si él hubiera contribuido a determinarlos²³⁴».

La imposibilidad de cambiar el pasado frustra a un viajero del tiempo que busca una venganza retroactiva contra su mujer infiel. Habiendo vuelto al pasado para matar a sus abuelos, regresa al presente y la sigue viendo en los brazos de su rival. Es entonces cuando va a alterar la historia de un modo más radical, liquidando a George Washington, Colón y Mahoma; todo en vano. Finalmente se da cuenta de que «cuando un hombre cambia el pasado, sólo afecta a su propio pasado y no al de nadie más». «El pasado es como la memoria. Cuando borras el recuerdo de un hombre lo aniquilas, pero no aniquilas el de nadie más... cada uno de nosotros viaja a su propio pasado y no al de otras personas²³⁵».

Visitar y alterar el pasado conduce al final al aislamiento solipsístico. Un tiempo que fluyese en ambas direcciones negaría el orden secuencial; los acontecimientos generados de forma espontánea carecerían de causas y efectos; los episodios temporales en el océano del tiempo «vendrían a la deriva hasta nosotros tan al azar como los animales muertos sobre las olas²³⁶». No se podría confiar en ningún aspecto del pasado. ¿Acaso puede alguno de nosotros «estar seguro de que los recuerdos que apreciamos

²³¹ *Devil in Velvet*, p. 15.

²³² *Time and Again*, p. 169.

²³³ «Theory and practice of time travel», p. 120.

²³⁴ *Time's Last Gift*, pp. 12, 20.

²³⁵ Bester, «Men who murdered Mohamed», p. 129. Los lógicos están de acuerdo en la imposibilidad de cambiar el pasado. «No se puede *cambiar* el pasado: si una cosa ha ocurrido, ha ocurrido, y no se puede hacer que no haya ocurrido» (Dummett), «Bringing about the past», p. 341). De ahí que el viaje por el tiempo sea también imposible. «El mero hecho de visitar el Pasado sería cambiar el Pasado, y eso no puede ser», porque «si fuéramos capaces de visitar el pasado traeríamos con nosotros nuestro conocimiento del Futuro» (Danto, «Narrative sentences», p. 160). Sólo unos pocos sugieren que se podría visitar de nuevo el pasado sin cambiarlo (Horwich, «On some alleged paradoxes of time travel») o que las paradojas «son rarezas, no cosas imposibles» (Davis Lewis, «Paradoxes of time travel», p. 145).

²³⁶ Silverberg, «In entropy's jaws», p. 188.

fueron así en el ayer?» —pregunta Moore—. «¿Saben ellos que el pasado no puede borrarse²³⁷?» La cuestión de la realidad del pasado va más allá del viaje a través del tiempo; en el Capítulo 5 reflexionaré acerca de su más amplio contexto. Sin embargo, todo pasado que se visitara de nuevo sería dañado de forma irreparable. «Careciendo de un pasado en el pasado y teniendo recuerdos del futuro», Ralph Pendrel destruye el pasado al que tan intensamente desea pertenecer²³⁸. Pretendiendo asimilar sus detalles, separa a sus propios habitantes de los vínculos que estos tenían; su acendrado interés los reduce a fantasmas o zombis. «¿Has estado pensando en mí en tiempo pasado» —dice una dama horrorizada a un intruso del siglo XX en su mundo de 1784— «hablando de mí como si yo ya estuviese muerta²³⁹!»

Aquéllos que le atribuyen al pasado poder e intención sienten que la historia castigará cualquier interferencia en él, de la misma forma que los que adoran a sus ancestros temen las maliciosas represalias de éstos si se abandona o se maltrata su memoria. Los viajeros del tiempo de las novelas sufren más que nadie las consecuencias de su obsesión por el pasado, y aprenden que escaparse de la realidad presente es contraproducente. «Nunca haremos de nuestro mundo el mejor de los posibles» —concluye Coulton una vez que su protagonista ha vuelto de la Edad Media— «hasta que nos demos cuenta de lo falso que es añorar los ideales de un pasado muerto. «Habiendo buscado el esplendor de la arquitectura medieval, se aterrorizó por muchas cosas más de las que encontró en aquellos días y volvió «fortalecido para la rutina propia de la vida en nuestro desalmado siglo²⁴⁰». El pasado que buscan los viajeros del tiempo es un milagro que refleja su propia nostalgia.

Por lo general, la gente es consciente de que el pasado real es irrecuperable. Sin embargo, la memoria y la historia, la reliquia y la réplica dejan unas impresiones tan vivas, tan tentadoramente concretas, que no podemos evitar sentirnos despojados. ¡La verdad es que no estaría mal que nos abrieran en la realidad unos itinerarios tan atractivos y tan bien trazados! Las esperanzas y los temores que despierta el pasado se intensifican por el conflicto entre nuestra certeza de que su regreso es imposible y nuestro deseo, quizás nuestro instinto, de que debe y puede alcanzarse. El presente, por sí solo, no se adecua a nuestros deseos; a ello contribuye en buena

²³⁷ *Bring the Jubilee*, p. 189.

²³⁸ Bellringer, «Henry James's *The Sense of the Past*», p. 210. Bellringer muestra cómo cuando recuperamos el pasado lo deformamos o lo borramos: «Relacionarse de forma retroactiva con personajes históricos es alterarlos y volver la vista al pasado físicamente es atraer su atención y alterar su apariencia» (p. 212). *The Sense of the Past* es «un aviso contra el encaprichamiento por la historia» (p. 212) hacia el cual, como veremos, James se mostraba muy cauteloso. Ver también, Beams, «Consciousness in James's «The Sense of the Past»».

²³⁹ Balderstone, *Berkeley Square*, p. 80. «El gran cuidado (de Pendrel) por ellos (por los habitantes del pasado) de algún modo los había aniquilado»; su misteriosa inteligencia «los convertía en piedra, madera o cera» (*Sense of the Past*, p. 213).

²⁴⁰ Coulton, *Friar's Lantern* (1906), pp. 227, 34.

medida el que continuamente se vea reducido para engrandecer aún más el pasado. El desencanto con el hoy nos lleva a tratar de recuperar el ayer. Ese descontento adquiere muchas formas: una devoción por las reliquias, el atesoramiento de antigüedades y recuerdos, la tendencia a apreciar lo que es viejo simplemente por ser viejo y el rechazo del cambio. Estas reacciones no tienen la irrealidad obsesiva del viaje a través del tiempo pero reflejan el mismo anhelo por los tiempos pasados.

Es fácil ver lo que pasa con esa obsesión. «La perspectiva que dan los años hace que todas las épocas excepto la nuestra parezcan atractivas y doradas» —concluye Bester—. «Suspiramos por los ayeres y los mañanas, sin darnos nunca cuenta de que... el hoy, amargo o dulce, inquieto o tranquilo, es el único día para nosotros. El sueño del tiempo es el traidor y todos nosotros somos cómplices de la traición a nosotros mismos²⁴¹». Sin embargo, el sueño constante de volver a vivir el pasado tiene también algunas virtudes. Trae a la mente de una manera intensa la historia y el recuerdo, aliviando a la vez las deficiencias y las virtudes del presente; la conciencia intensa del pasado también le da al presente amplitud y duración.

Por supuesto que vivir de nuevo en el pasado supone que la vida presente no es sino parte de un largo «continuum». El hecho de vivir al mismo tiempo en el pasado y en el presente le acaba convenciendo al protagonista de du Maurier de que «no había pasado ni presente ni futuro. Todo lo que vive es parte del todo. Estamos todos ligados, unos a otros, a través del tiempo y de la eternidad.» Su intensa experiencia en el Cornualles del siglo XIV «demostraba que el pasado estaba todavía vivo, que todos éramos participantes, que todos éramos testigos», y por lo tanto, que éramos de un modo más auténtico nosotros mismos²⁴².

Ni los sueños ni las pesadillas que da el volver a visitar el pasado son menos intensos por su aparente improbabilidad. Es más, dan claves para saber qué es lo que de verdad necesitamos y podemos aceptar del pasado o qué es lo que deberíamos evitar o rechazar; y arrojan luz sobre las perspectivas esenciales a tomar bien hacia la tradición, bien hacia el cambio. La devoción intensa en la búsqueda del pasado no es una aflicción tan penosa como la carencia absoluta de sentimientos hacia el pasado.

²⁴¹ «Hobson's choice», p. 148.

²⁴² *House on the Strand*, pp. 169-70.